

EDUARDO FREI



El Mandato de la Historia y las Exigencias del Porvenir

Con mucha frecuencia se me formula una pregunta
¿qué piensa Ud. sobre la situación en Chile?

Esta es mi respuesta:

Inicio este escrito movido por un imperativo del cual no puedo sustraerme, ya que me es imposible ocultar la profunda angustia que siento por la suerte de nuestra Patria. No hubiera querido hacerlo, porque sé que lo que diga dará origen a incomprendiones y ataques de las más contradictorias procedencias, o se me supondrán, sin fundamento, las más diversas intenciones. Pero todo ello carece de importancia frente a la dramática situación que estamos viviendo.

Tengo para con el pueblo de Chile, responsabilidades que van más allá de mis limitaciones personales, pues éste me ha dispensado reiteradamente su confianza en designarme para representarlo en el Parlamento, y después al elegirme Presidente de la República; con la más alta votación hasta ahora conocida.

A eso se agrega que en los años recién pasados libré, al igual que tantos hombres y mujeres de Chile, una lucha dura, pero siempre abierta y limpia para defender los valores fundamentales de la democracia y el interés superior de su pueblo. Jamás lo hice de manera oscura, sino a la luz del día, en la prensa, en las grandes concentraciones de masas, en campañas electorales, y el año 1973, en una batalla política más que ardua, donde fuera elegido senador y luego, por voluntad de los miembros del Senado, Presidente de dicha Corporación.

La oposición ejercida en ese período es la misma que se habría hecho en cualquier Parlamento libre. Basta leer los debates de esas corporaciones para estar cierto de que sus críticas habrían sido aún más duras que las nuestras si se hubieran enfrentado a un gobierno que entre otros hechos en el curso de tres años devaluó la moneda en más de 15.000% que en los últimos doce meses de su ejercicio la inflación llegó a más de 400% sin considerar los efectos del mercado negro, que convivió oficial y públicamente con los elementos violentistas, y que toleró y facilitó la importación de armas para las organizaciones y partidos que lo apoyaban.

Durante más de cuarenta años hemos seguido una sola línea contra toda tentativa totalitaria, cualesquiera sea su origen o sus formas, en nuestro gobierno se respetaron todas las libertades y, a pesar de que cumplimos hasta el final con el mandato de la Constitución de entregar el poder a quien había sido legítimamente elegido, hemos

sin embargo, sufrido los más injustos ataques y acusaciones, lo que, se ha ido desvaneciendo, porque felizmente a medida que pasa el tiempo la mentira se desintegra sola.

Al igual que en ese entonces, como chileno tengo el derecho a expresar mi pensamiento, y como ser humano el de responder a una burda e insistente campaña que se ha desatado contra la democracia como forma de vida y contra el Partido Demócrata Cristiano y mi actuación como gobernante, la que proviene ahora precisamente del extremo opuesto.

Responder esos ataques no ha sido mi costumbre. Como le consta al país, rara vez he descendido a ocuparme de ellos— y en estas circunstancias podría resultar hasta pequeño— porque creo que no es hora de preocupaciones partidistas ni de referencias personales que interesan poco frente a los problemas que aquejan al país y porque al final el juicio de la Historia no podrá ser desviado por una campaña que por falsa es irremediablemente efímera.

Sin embargo en esta oportunidad he estimado necesario, antes de entrar de lleno a exponer mi pensamiento, despejar algunas de esas falsedades, pues, parafraseando al poeta, "las dicen algunos malvados para engañar a los tontos".

También me obliga a hablar la persecución e incompreensión de que son víctimas tantos chilenos, y por razones bien fáciles de entender no puedo callar las que sufren los demócratas cristianos a lo largo de todo el país por ser leales a sus ideas y principios.

La verdad es que esto no debiera sorprender, porque no es más que la repetición de una actitud sostenida por los grupos de extrema derecha. Desde que la Democracia Cristiana se fundó, la han combatido con todas las armas de que disponen por representar ideas y posiciones que conducen a una profunda transformación de la sociedad chilena en función de la gran mayoría de su pueblo.

Aquellos grupos que han mirado siempre con resistencia los movimientos que encarnan una amenaza para su statu quo, y la historia nos muestra en cada etapa de su desenvolvimiento sus esfuerzos para ahogar todo intento que signifique un cambio que atente contra sus privilegios.

Hoy ese proceso se ha acentuado, porque la preeminencia política no la tienen ya ni siquiera los grupos clásicos de la derecha chilena, que indudablemente mantuvieron una tradición democrática, sino que la ejercen los grupos más extremos cuyo carácter fascista o integrista se plantea desembozadamente ante el país. Sienten estos una extremada aversión por toda forma auténtica de democracia, porque la consideran unos de los mayores obstáculos para su acción. El ataque a la Unidad Popular y al Partido Comunista les resulta fácil, pues cuentan con dos factores que los favorecen: la resistencia de una gran mayoría de los chilenos a la ideología que los informa y la gran experiencia vivida durante el régimen de la Unidad Popular, cuyo recuerdo no ha desaparecido; pero muy distinto es el caso nuestro, al igual que el de otros sectores democráticos, puesto que combatieron abiertamente sus errores.

LA CAUSA CENTRAL

¿Cómo se explica entonces este ataque tan injusto como apasionado?

Las razones son muy variadas. Pero hay una central. Para los sectores de la extrema derecha, sería ideal poder dividir la opinión pública entre comunistas y anti-comunistas, entre marxistas y nacionalistas, sin ninguna otra alternativa. El mayor peligro, la más grave amenaza para ellos, es que el país sepa que no está abocado a ese dilema, y que existen diversas agrupaciones, con distinta inspiración ideológica, que piensan, al igual que la gran mayoría de los chilenos, que sólo la democracia garantiza la paz y la justicia, el ejercicio de la autoridad y una razonable convivencia. Necesitan convencer al país, que no existe otra solución; o ellos o el comunismo y la extrema izquierda.

La aceptación de esta posición les da, naturalmente, la posibilidad de consolidarse por lo menos durante algún tiempo, aun cuando como lo señala la experiencia histórica se sepa de antemano cuál es siempre el final de estos procesos. Porque a la extrema derecha le importa el hoy y no el mañana, Para ellos el mañana no tiene destino.

En estas condiciones, el gran riesgo actual lo constituyen los sectores democráticos, porque saben que no es fácil borrar del alma del pueblo el hecho de que existió un gobierno y otros antes que éste en la hermosa Historia de Chile y que hubo progreso y libertad, hubo desarrollo económico y justicia, y por lo tanto, la evidencia de que existe la posibilidad de avanzar sin caer en ninguno de los extremos, ni el fascismo ni en el comunismo. Esta visión los amenaza y los irrita profundamente. De ahí su decisión de destruir esta alternativa que constituye para ellos un peligro real e inmediato.

Aunque la Democracia Cristiana no hiciera otra cosa que cruzarse de brazos, guardar silencio y mirar como ocurre en los hechos, igual la combatirían, porque lo que les molesta no es lo que se diga o haga, sino el hecho de que exista el recuerdo de lo que se realizó y lo que les inquieta es la convicción de que no podrán destruir en el corazón de miles de chilenos no sólo la imagen de lo que fue nuestro Gobierno, sino algo mucho más importante: el sentimiento mayoritario de los chilenos que quieren vivir con dignidad y con libertad.

LA ÚLTIMA OPORTUNIDAD

Estos grupos de extrema derecha saben que esta es su oportunidad. Su única oportunidad. Presienten que en elecciones libres serían minoría absoluta, en los sindicatos, en las cooperativas, los gremios profesionales, en las Universidades, tanto a nivel académico como estudiantil, y para que decir en una elección en la que el pueblo eligiera a sus mandatarios.

Todo su interés reside entonces en que la actual situación se mantenga, El día que ella termine no serán nada ni nadie.

Las ideas que sostienen y las fórmulas que pretenden aplicar no son aceptadas en parte alguna. Saben que son infima minoría y que aun en sectores de la derecha hay graves reservas respecto a su acción. Por eso su estrategia fundamental para consolidarse es, una vez más, destruir toda alternativa posible.

En esta campaña, por lo demás, no encuentran gran oposición en el otro extremo, pues también para éste es de gran conveniencia esa división sin alternativas.

Por esta razón, simultáneamente con el ataque de la extrema derecha hemos recibido en forma persistente el de la extrema izquierda.

A través de este procedimiento se trató de llevar al país a la división dogmática entre la burguesía nacional y el proletariado, lo que hizo muy difícil llegar a fórmulas estables de gobierno. No obstante, les fue imposible anular otros hechos, entre ellos la existencia de nuestra fuerza política constituida por grandes sectores populares democráticos, obreros, campesinos, clase media, juventud.

Junto con la ceguera para no reconocer nuestra actitud sostuvieron que la derecha representaba a la burguesía nacional y la Democracia Cristiana a la burguesía internacional, la estrategia permanente de pretender divididos para destruir toda competencia en el sector popular, la falsificación de los hechos y la táctica de destrucción de las personas, hicieron imposible que un gran movimiento social realizara plenamente la justicia, la libertad y el desarrollo de Chile.

Querer encuadrar al país en este dilema clásico de derechas e izquierdas, en términos simplistas y obsoletos, la negativa a ver la realidad, y el sacrificarlo todo a esquemas ideológicos, llevaron al país a esta encrucijada.

Esperamos que hombres que han militado tradicionalmente en la izquierda chilena, y sobre todo las juventudes que han visto el derrumbe de estas concepciones, reflexionen sobre estos hechos y sean capaces de abrirse ante nuevas posiciones que les permitan hacer eficaz su deseo y su voluntad de que en Chile exista una real democracia y que verdaderamente el pueblo encuentre una respuesta.

Insistir en los viejos planteamientos no hace, pues, sino favorecer a los enemigos de la democracia.

COMPARACION A LA VISTA

Decíamos que la otra razón que inspira este ataque es que saben que cualesquiera que sean los errores cometidos, nuestro gobierno sirvió al país y le dio un gran impulso de progreso político, económico, social y humano.

En los últimos años los chilenos han visto pasar ante sus ojos en rápida sucesión diversas formas y experiencias de gobierno y aunque se pretenda ocultar la verdad nadie puede negar cuáles son los hechos reales.

DEFENSA DEL REGIMEN DC

Es fácil recordar y comparar, porque pareciera, según la propaganda actual, que la democracia es incapaz de una acción creadora.

El país vio cómo en breves años se remodelaban las ciudades desde el norte hasta el sur y cómo fueron construidas miles de viviendas, escuelas, liceos y planteles

técnicos, cómo se reformaba el sistema educacional y en las universidades se duplicaba el número de estudiantes.

En el sector salud fueron reducidas considerablemente las tasas de mortalidad y morbilidad infantil.

El pueblo se organizó. Por primera vez en la historia se sindicalizó el campesinado y más que se duplicó el número de sindicatos obreros industriales, se multiplicaron las cooperativas, y a través de la Promoción Popular se impulsó todo el sistema de organización de base, de Juntas de Vecinos y Centros de Madres. Igual corrió con los pequeños y medianos empresarios, profesionales y vastos sectores de la clase media que tuvieron amplias oportunidades de progreso.

Fue realizada una reforma agraria dentro de la ley, y junto al proceso de entrega de las tierras, al campesinado, simultáneamente se puso en marcha un plan de desarrollo agropecuario que aumentó la producción para alcanzar volúmenes hasta ahora no igualados.

Durante esos años, sin trastornos políticos, ni sociales, ni económicos, fue nacionalizado el cobre al adquirir el Estado el 51% de la propiedad de las grandes compañías americanas, al mismo tiempo que se ponía en marcha el más vasto plan de inversiones que haya conocido la actividad minera en Chile.

El país vio cómo surgían nuevas industrias, se expandían las existentes, se incentivaban las inversiones, se creaban miles de nuevos empleos.

Junto a la modernización de los FF.CC. fue llevada a cabo una importación masiva de medios de transportes, ya sea en buses, aviones para la LAN y barcos para la Marina Mercante, fue aumentada en más de 50% la energía eléctrica instalada y se construyó la primera estación de comunicaciones por satélite en América Latina y fue establecida la red nacional de T.V.

A la vez que se pavimentaban casi 4.000 kilómetros de caminos, se construyeron túneles, aeropuertos, puertos y carreteras hacia los países, vecinos, y fueron iniciadas las obras del Metro en Santiago.

El ingreso de los trabajadores llegó a ser el 54% de la renta nacional, margen antes no alcanzado.

En cuanto al aspecto internacional, se acentuó la independencia del país no sólo en el plano económico, sino en el político internacional, y se extendieron los intercambios a varias nuevas regiones del mundo. Chile fue un factor decisivo en la formación del Pacto Andino y en la organización de la SECLA. Su palabra era considerada, y respetada en las Naciones Unidas y en todos los organismos y conferencias internacionales.

A pesar del esfuerzo expansivo señalado, las tasas de inflación en los seis años no fueron superiores en promedio a poco más de 20% anual, y sólo en los últimos doce meses hasta agosto de 1970, víspera de entrega del gobierno, llegó al 28%.

La economía chilena estaba en un franco proceso de crecimiento.

El crédito del país había alcanzado el más alto nivel de confianza; había disminuido verticalmente el ritmo de endeudamiento; el Banco Central disponía de reservas en moneda extranjera que no había conocido en más de cuarenta años, y la balanza de pago era realmente favorable.

Esas son realidades. Y cuando se dice que no proponemos soluciones, nos bastaría para contestar, señalar lo que se hizo, subrayado por lo que se inició y se sigue inaugurando.

Naturalmente hubo graves problemas inherentes al proceso que está viviendo el mundo y que se agudizó en Chile, al cual nos referiremos más adelante.

UNA CAMPAÑA INSIDIOSA

Como no pueden refutar ninguno de estos hechos y por tanto discutir la eficiencia y el éxito de nuestro gobierno porque para eso tendrían que destruir la historia y borrar los testimonios que están en cada rincón del país, recurren a otro tipo de argumentos que es necesario develar, como aquel de que la Democracia Cristiana es el camino al comunismo.

Claramente pretenden envenenar el alma del país; y decimos pretenden, porque este país ha sido democrático no por casualidad, durante 160 años, y el chileno tiene un espíritu alerta y crítico y un fondo de buen juicio que ninguna propaganda puede empañar.

Para ello hasta han recurrido, entre otras armas, a la publicación y distribución clandestina de un libro escrito por un fascista brasileño, que hoy se utiliza para relacionarlo, con el hecho de haber transferido el mando al señor Salvador Allende. Olvidan los que así proceden que este libro fue publicado el año 1965, o sea, hace diez años, cuando recién se iniciaba nuestro gobierno. Es muy importante recordar, aunque más adelante se explicará muy claramente la razón de esta campaña y la intención de sus autores.

Ultimamente han aparecido dos folletos que contienen parecidos ataques.

Sería interesante averiguar quién paga en el extranjero la edición suculenta del libro del brasileño, que se ha repartido por toda América Latina, quienes tienen tanto

dinero como para importarlo y obsequiarlo en forma gratuita en todo el país, e impunidad hasta para colocarlo sin franqueo en las casillas del Correo o distribuirlo en las casas después de las horas del toque de queda. Sería también digno de preguntarse por qué ese libro y esos folletos, a pesar del receso político y de la censura, logran hacerse circular y, más aún, se envía a las FF. AA. como si el nivel intelectual de quienes las componen pudiera alimentarse con tan ruines panfletos, lo que, además de deshonesto, resulta indecoroso y un abuso de confianza para con estos Institutos que merecen más respeto intelectual de quienes pretenden concientizarlos con tales infundios.

Las FF.AA., que por décadas han estado alejados del debate político y han sido instituciones nacionales al margen de la lucha partidista, no pueden ahora ser objeto de quienes reparten entre ellas folletos falaces e impregnados de odio, a los cuales se les garantiza vía libre para injuriar y mentir mientras a los ultrajados se les reduce al silencio.

PAVIMENTADORES DEL COMUNISMO

¿Cuáles son en definitiva, los argumentos que se esgrimen? Si los analizamos con cuidado podemos llegar a la conclusión clara y definitiva de que el resorte de fondo consiste en sostener que la Democracia Cristiana preparó el camino al comunismo por el hecho de haber iniciado y realizado en Chile profundas transformaciones de orden social, económico, político y educacional. En el fondo está latente en estas personas la vieja tesis de algunos señores del siglo pasado y parte del presente que sostuvieron que enseñar a leer y escribir al "roto" era un grave error porque encierra el riesgo de su insubordinación. Esto, que parece exagerado, es en el fondo exacto. Con la misma visión se burlaron de la clase media, que durante tanto tiempo consideraron compuesta exclusivamente por "siúuticos"; la que sin embargo llegó a ser la fuerza vital en la vida de la nación, a pesar del no disimulado desprecio de aquellos "visionarios".

Con igual saña combatieron a Montt, a Varas, a Balmaceda, y para que decir el año 1920 a Arturo Alessandri, que en esos tiempos fue calificado de "asesino" y de "ladrón". Así también procedieron con las generaciones de jóvenes de la Federación de Estudiantes de ese tiempo, que hacían aparecer como vendidas al Perú, porque siempre han pretendido poseer el monopolio del patriotismo. Años después combatieron acerbamente a Pedro Aguirre Cerda, a quien no dejaron injuria por lanzarle.

Cuántos años adelantaron al país las reformas tan resistidas que propiciaron Montt, Balmaceda, Alessandri, y Aguirre Cerda, y también muchos hombres destacados de la misma Derecha que comprendieron la necesidad de avanzar dentro de la ley.

Cuánto significó el propio régimen de Ibañez como modernización de la Administración y consolidación de la clase media. Cuánto significó la iniciativa del primer gobierno radical para crear la CORFO, de tan decisiva influencia en el desarrollo del país, pero tan resistida durante la gestación de su ley orgánica, resistencia sorda que sigue manifestándose para conseguir su destrucción.

Con la misma fiereza aquellos opositores combatieron las reformas que se propiciaban el año 1964. La reforma, agraria, la sindicalización campesina, la reforma tributaria, el impuesto patrimonial, la reforma universitaria, y la extensión de la promoción popular, entre otras, los hirieron profundamente. Desde entonces comenzaron los ataques.

El gobierno que se inició aquel año emprendió estas políticas con el convencimiento de que si no se realizaban, sería imposible lograr el desarrollo económico y social que el país requería. Se estimó indispensable que si en el tercio de la población del país se mantenía la miseria y en especial en el sector agrario, éste pasaría a tener una mayor participación en la actividad nacional, en la cultura, en la vida económica. Estábamos ciertos de que de no procederse así, su estagnación frenaba al país entero y nos llevaría inevitablemente a trastorno político incontrolable en el tiempo.

Por lo demás, todas ellas estaban contenidas en el Programa de Gobierno, que no era, como tradicionalmente ocurría, una simple manifestación de intenciones, sino un plan en que se señalaban plazos, metas y formas de alcanzarlas.

La verdad es que Chile había avanzado persistentemente en las formas políticas de la democracia. Por ello mismo era menester impulsar el desarrollo económico y social y producir un acelerado ritmo de cambio. Especialmente era preciso terminar con las dicotomías de un país industrialmente evolucionado y agrícola casi feudal.

¿Puede acaso pensarse que si se hubiera frenado la marcha del pueblo, de los trabajadores, de la clase media, de la juventud, el país tenía una salida?

Con la peregrina teoría de que las reformas y los cambios pavimentan el camino al comunismo, querría decir que los únicos grandes anticomunistas de la historia

fueron los zares de Rusia que impidieron todas las reformas, que confiaron en la represión y que condujeron inevitablemente a la catástrofe a su propio imperio; o al general Batista, cuya actuación provocó la revolución y la ascensión al poder de Fidel Castro. Podíamos agregar a Portugal y su corporativismo, y seguir con una lista sin término.

EL TRASPASO DEL GOBIERNO

La segunda base de esta campaña reside en que la DC y el Presidente de la República de aquel período hicieron entrega del gobierno al candidato señor Allende. Olvidan los que han montado esta acusación que fue la Democracia Cristiana la que propuso oportunamente una reforma constitucional para que hubiera una segunda vuelta en la elección presidencial, al igual que en la Constitución francesa, de tal manera que el país pudiera resolver legalmente una situación que se veía extremadamente crítica. Esta proposición fue rechazada al igual que otras, por los sostenedores de la candidatura de la Derecha, pues se sentían seguros de su triunfo.

Olvidan que fueron ellos los que publicaron avisos a toda página con sus firmas, advirtiendo que el candidato que obtuviera un solo voto de mayoría en las urnas quedaba automáticamente elegido Presidente de la República, sin que el trámite del Congreso Nacional, que en esos casos debe elegir, tuviera valor alguno. Para ellos, de todos modos, debía reconocerse la primera mayoría al momento de producirse en las urnas. Fueron las mismas personas las que bajo su firma aseguraron al país la certeza del triunfo de su candidato y actuaron de antemano como los triunfadores indiscutidos.

En 1970, antes de la elección, cuando se sentían seguros de su triunfo, se apoyaban en la Constitución. Después, cuando vieron los resultados, no faltaron quienes pensaron que se debía romper las normas constitucionales.

¿Por qué, si pensaban en esa forma, en vez de poner aquellos avisos aceptando como triunfador al que tuviera un voto de mayoría no dijeron antes que no reconocerían el triunfo de un candidato apoyado por el comunismo?

¿Por qué eluden su parte de responsabilidad histórica?

Después de todo eso pretendieron que el Presidente de la República no entregara el mando a quien correspondía, tal como se lo ordenaba la Constitución y la ley. Algo muy semejante ocurrió en 1920 cuando quisieron impedir la llegada al poder de Arturo Alessandri, y lo propio hicieron en 1938 cuando presionaron al Presidente de la República para que no entregara el poder a Pedro Aguirre Cerda, candidato apoyado por el Partido Comunista. Son los mismos que, ciegos, no vieron la ola incontrolable que llevó a Carlos Ibáñez a la Presidencia el año 1952.

Todos los gobiernos anteriores, respetando la Constitución y la tradición, entregaron el Mando a sus sucesores y muchos debieron traspasarlo a sus adversarios. Así, Arturo Alessandri lo entregó al Frente Popular, González Videla a Carlos Ibáñez y éste a Jorge Alessandri.

No fueron, sin duda, días fáciles para el Gobierno, sometido a mil presiones; pero es un hecho histórico que actuó con la mayor corrección, lo que no obsta para que después los mismos que ascendieron al poder trataran de enlodarlo. ¡Eterno juego de los extremismos desatados!

Otro hecho fundamental que ocultan es que las fuerzas marxistas del país habían ido creciendo de elección en elección, culminando el año 1964, al término de la administración del señor Alessandri, cuando obtuvieron, sin el apoyo del radicalismo, la más alta proporción de votos conocida hasta entonces en elección alguna, treinta y nueve como uno por ciento (39,1%). Por primera vez en el año 1970 después de 6 años de gobierno DC y a pesar de la adhesión oficial del partido radical-factor muy importante, vieron disminuida su proporción en el electorado al 36,7%, hecho significativo que nunca se han detenido a analizar.

Por lo demás, no fue sólo durante nuestro gobierno que el partido Comunista conoció el derecho a existir. En la administración del señor Arturo Alessandri, en 1932, gozaron de las mismas garantías, como en tiempos de don Juan Antonio Ríos y también en el período 1958-1964 de don Jorge Alessandri. Nada dicen tampoco de otras Administraciones que hasta los llevaron al poder. Eso, por cierto, no les interesa, y tampoco titubean en falsear la verdad histórica para conseguir sus fines.

EL REVES DE LA TRAMA

Si por una parte hemos recibido estos ataques, por otra parte también hemos sido acusados de lo contrario. Para unos, pavimentadores del comunismo, para otros culpables de haber cerrado las puertas a una solución democrática y ser por ello responsables de la caída del régimen de la Unidad Popular.

Cada uno de estos cargos han sido refutados no con palabras, sino con documentos, con hechos y con actitudes y cada una de las infamias que se han propalado

en el exterior, incluso por algunos extranjeros que salieron oportunamente del país, se han comprobado carentes de todo fundamento.

La Democracia Cristiana agotó sus esfuerzos para salvar la Democracia. Parte de la campaña en contra de este movimiento la acusó a ella y a mí de haber sido apoyados por la CIA en la elección presidencial de 1964.

Felizmente el informe del Senado norteamericano ha dejado en claro parte al menos de la verdad.

El Presidente de la Democracia Cristiana, señor Patricio Aylwin, en un documento hecho público el 11 de diciembre recién pasado, rechaza esas imputaciones con antecedentes irrefutables.

Quiénes reciben ayudas masivas del exterior no pueden juzgar a la Democracia Cristiana ni a su candidato, sobre la base de suponer hechos inexistentes, pues jamás hemos estado ligados a ninguna actividad de esa Agencia.

La independencia con que procedí en el Gobierno, todos mis actos desde la reanudación de relaciones con los países socialistas; la protesta en contra de la intervención norteamericana en Santo Domingo; la nacionalización del cobre; el apoyo decidido al Perú cuando se le quiso aplicar la enmienda Hickenlooper; la iniciativa del Pacto Andino y la de la SECLA, la oposición a crear la Fuerza de Defensa Interamericana hablan por sí solas.

No estuvimos informados y lo reconoce el informe del Senado norteamericano, de los gastos que hizo la Agencia antes mencionada, y no sólo rechazamos la llamada "campaña del terror", montada el año 1964 por algunas oficinas de publicidad sino que la condenamos abierta y públicamente, yo como candidato, el Jefe de mi campaña y la Democracia Cristiana. Fueron nuestros parlamentarios los que pidieron y dirigieron una investigación de la Cámara de Diputados de Chile para conocer la fuente de esa campaña y sus autores.

Ha quedado asimismo en claro que rechacé toda insinuación, como consta del informe de ese Comité norteamericano, para interferir el proceso constitucional chileno y como era mi deber, aunque fuera duro, entregué el mando de acuerdo a la Constitución.

Si bien fui un tenaz opositor al gobierno de Salvador Allende siempre lo hice dentro de la democracia y el respeto y defensa de la ley.

No hay un solo acto que pueda desmentir esta categórica y definitiva afirmación.

Es amargo tener que descender a tratar de estos temas, pero era necesario hacerlo para que quede testimonio de mi rechazo y repudio a quienes han querido lastimar mi honor de chileno y mi actuación como Presidente.

Víctima de arteros ataques de quienes destruyeron la democracia puedo mostrar una vida en que mis actos y mis escritos al servicio de Chile, de la justicia y de la libertad son de una total consecuencia.

RESTABLECER LA VERDAD HISTORICA

Si hemos creído conveniente dilucidar estos hechos no es para escharbar en el pasado sino para restablecer la verdad histórica y evitar el engaño como sistema.

Si se parte distorsionando la realidad, será difícil proyectar cualquier visión constructiva hacia el futuro, y ello sería fatal en un instante en que lo que verdaderamente importa es abrir un horizonte, un futuro a nuestra Patria.

Los ideólogos de esta campaña, no sólo contra los partidos sino contra la concepción misma de la vida democrática que ha imperado en el país y contra las fuerzas políticas que históricamente la han sostenido, cualesquiera que sea su denominación, pretenden imponer a través de ella su concepción política del Estado.

Nadie en el mundo que esté al día en el movimiento de las ideas puede ignorar que lo que ambicionan establecer en Chile es un tipo de nacionalismo al parecer con características totalitarias.

Si alguien les escucha parecería que este país sólo progresó hace siglo y medio, en tiempos de Portales, a quien desfiguraron para apropiarse de su imagen, y que después, el período entre su muerte y el 11 de Septiembre de 1973, ha sido una etapa en que poco o nada se ha hecho o todo ha sido obra de políticos corrompidos y sin principios. Una tesis semejante sólo puede imponerse en el silencio del resto del país. Este es el falseamiento de la figura misma de Portales, constructor de un gobierno civil sostenido por Fuerzas Armadas disciplinadas y obedientes a la Constitución. Ese fue el pensamiento de Prieto, Bulnes, de Montt y de todos los Presidentes en el pasado siglo y el presente y de los generales y marinos victoriosos de 1879, que dieron una lección de respeto a la ley y a las instituciones, que está escrita en forma indeleble en nuestra historia.

No era este un país decadente y no se le puede juzgar por la crisis de los años últimos. Tampoco fue un país improvisado, pues se ha construido por un esfuerzo continuo de muchas generaciones que amaron el derecho y la libertad a tal punto que Chile libró una guerra con Parlamento funcionando sin limitaciones y con una libertad total de prensa que no escatimaba críticas a la condición militar y política. Sin embargo, así se triunfó, sin pedir un centavo al exterior. Y junto a Prat, Baquedano;

Latorre, Ramírez, Lynch y otros, estuvieron Aníbal Pinto, Vicuña Mackenna, Sotomayor y Vergara, para citar sólo a algunos.

Y ello ocurrió no sólo en el plano político y económico sino también, y muy principalmente, en el cultural o ideológico, que dio lustre a Chile y le permitió recibir en sus universidades a lo mejor de la inteligencia de América cuando sentían amenazada la libertad de sus Patrias.

Por todo eso, Chile fue conocido como un ejemplo de democracia organizada y progresista.

La crisis económica y política que ha debido afrontar, como ocurre en diversos otros países del mundo, no puede justificar afirmaciones genéricas que son anti-históricas y contrarias a la realidad chilena y a lo más rico y creador de su propia fisonomía como nación. En vez de buscar caminos nuevos para reconstruir esa democracia que llevó a tan alta posición el nombre de Chile, y modificarla en sus instituciones en función de los profundos cambios que experimenta el mundo por las nuevas condiciones que afectan más que a un régimen a una civilización, y en vez de entroncar su intento con lo que ha sido la verdadera historia de este país, que consiste en ir evolucionando de acuerdo con el tiempo, se trata de apartarlo de ella buscando justificación en ideologías que ya prácticamente no están ni siquiera en el tapete de la discusión en ningún país del mundo.

Pensar que a fines de este siglo, en que se está produciendo el cambio más vasto y profundo que ha conocido el hombre en su historia, es posible construir una sociedad basada en la fuerza o en un sistema en que todo emana verticalmente desde arriba, en que lo social se paternaliza y lo económico se concentra en grupos minoritarios de poder, es querer colocar al país fuera de su propia línea de desenvolvimiento, a espaldas del mundo.

La seguridad presente es demasiado frágil si se fundamenta en un estado de emergencia permanente, y ningún espíritu sensato podría pensar que constituye un camino estable y definitivo.

Sin duda que vivimos en un mundo crítico y difícil, pero querer ocultarnos ese hecho sobre la base de desconocer su verdadero desafío es comprometer a la larga el destino mismo del país.

Es así como en vez de avanzar, se vuelve atrás en un empeño que asombra por la audacia con que se revierte el curso mismo de la vida y la historia chilena.

LO QUE EL PAIS REPUDIO → la U.P.

Justamente todo el movimiento contrario a la Unidad Popular antes del 11 de Septiembre traducía no sólo el rechazo del país a una política económica que nos precipitó en la inflación y en el caos sino que también más allá de las causas económicas fue una lucha porque las reformas avanzaran dentro de la ley y la Constitución, respetando los valores que siempre han garantizado la dignidad y la independencia de los chilenos. El país se reveló contra aquellos que justificaban todo bajo la tesis de la conquista del poder total. Fue la lucha de la gran mayoría del pueblo que no aceptó que una minoría pretendiera dominarla e imponerle ideas y sistemas que rechazaban. Fue la lucha contra la tentativa de controlar los medios de comunicación y de información y de reformar la enseñanza para concientizar a los niños y a la juventud. Fue la lucha de un país que no quería caer en la violencia ni en el extremismo, para defender una democracia con respeto efectivo a la autoridad y a las personas. Fue una lucha sin cuartel para impedir que Chile se dividiera por el odio como instrumento esencial de acción política. Y por eso todo el pueblo clamaba por modificar esta situación no para retroceder, ni mucho menos por temor a las necesarias reformas sino precisamente para mantener los valores democráticos que habían permitido a este país desarrollar su idiosincrasia y su forma de vida.

No se pueden ignorar, ni menos repetir, los errores que llevaron al país a aquella situación. Las crisis que se afrontan deben servir para recuperar la salud y no para acentuar la enfermedad. Muchas de estas situaciones críticas ocurrieron en la historia de Chile, pero cada una de ellas fue un paso para lograr un tipo de sociedad más avanzado y una democracia más eficiente en un intento que nunca será ideal, pero que constantemente se perfecciona, y en este aspecto la participación de las FF.AA. en el curso de nuestra Historia fue siempre un ejemplo de apoyo para un avance y no para un retroceso.

Una gran corriente de opinión en el país, cualesquiera sean los controles sobre los medios de publicidad, cree que este es el único objetivo que podría salvarnos y siempre tiene la esperanza de que las FF.AA. contribuyan a que eso ocurra y no que sostenga un proyecto contrario al sentido mismo de la Historia.

LOS OBJETIVOS CENTRALES

El país piensa que el respeto a los derechos humanos va más allá de toda diferencia de posiciones o de ideas, es esencial; que su desconocimiento, en vez de reforzar la autoridad, a la larga la debilita; que la tortura jamás

puede ser permitida; que el país no puede vivir permanentemente bajo un régimen de excepción; que el imperio del derecho no impide que haya orden y disciplina en una sociedad; y que el controlar la violencia no debe significar métodos a su vez que violenten a millones de personas. La seguridad así conseguida paga un precio excesivo y no resuelve en definitiva los problemas, sino que los acumula, aumentando las tensiones y los odios.

Los inspiradores y ejecutores de esta política saben que así piensa la gran mayoría de los chilenos, y como no pueden dar argumentos en contra de posiciones tan lógicas que abrirían un camino a este país, tratan de acallar a los que piensan de manera diferente.

Ningún país puede ser presentado ante la comunidad internacional y ante su propia conciencia como nación si los derechos humanos no son plenamente respetados; si las Universidades no recuperan su autonomía; si el chileno ni siquiera tiene hoy calidad de ciudadano, porque ya no existen registros electorales. Ningún país en el mundo puede vivir en paz si sus sindicatos no pueden ejercitar sus derechos; si sus organizaciones comunitarias no tienen vida auténtica o son conducidas en forma paternalista.

En una palabra, el país quiere una salida y por ello es que no desea que se acumulen factores de tensión que hacen, a medida que pasa el tiempo, más difícil una solución racional de acuerdo con sus tradiciones.

Sólo por pensar en este contexto la Democracia Cristiana y todas las agrupaciones democráticas o personas independientes son calificadas como enemigos por quienes pretenden estructurar el poder en las condiciones que conocemos.

LA SITUACION INTERNACIONAL

Dentro de esta misma concepción los sectores referidos sostienen una política internacional profundamente perjudicial para los intereses de Chile.

En el análisis de esta política confluyen factores que conducen a una gran confusión, por lo cual parece indispensable despejar lo que en ellos hay de verdadero y de falso.

Realizar este análisis no es una tarea fácil. Se ha creado un clima que impide siquiera expresar opiniones, por objetivas que ellas sean. A falta de razones se trata de aplastar a quien presenta un juicio diverso o tenga audiencia internacional, para lo cual no titubean en desfigurar los hechos o, lo que es peor, acusar de débil o antipatriota a todo aquel que disiente.

Presentar, pues, una realidad diferente es considerado un acto de traición, como si existieran un monopolio de la verdad y el patriotismo.

Esta por supuesto, no ha sido la tradición de Chile. Desde los tiempos de O'Higgins y de Portales la conducción de la política internacional estaba abierta al juicio crítico.

Desde los primeros tiempos se oyó la opinión de los hombres más destacados y, posteriormente, tanto en la Constitución de 1883 como en la de 1925, hubo disposiciones que le dieron al Senado una muy principal intervención a este respecto, porque siendo materias que comprometen la dignidad, la vida y el futuro de la Nación, es necesario que se oigan distintos juicios antes de resolver, y porque su debate en ese ámbito y en la prensa siempre ha conducido a nuestra Historia a un mejor estudio y claridad en las soluciones.

Hay también una razón más profunda para que así sea. A pesar de que la campaña y los votos contra Chile se presentan, por algunos, como afectando sólo al gobierno, y no faltan quienes adentro y afuera se regocijan por ello, silenciosa o públicamente, nuestra reacción es muy diferente. Cualesquiera que sean los distingos, un voto contra el gobierno, es un voto en contra de Chile. Si un hombre intachable ve aparecer a un miembro de su familia involucrado en un delito grave, aunque en nada tenga que ver con ella, se siente caer sobre sí una suerte de culpa y de oprobio.

Si algo le ocurre a Chile, todos nos sentimos afectados en nuestro prestigio y honor aunque esté prisionero o sea adversario del Gobierno que condujo a esa política. Porque la Patria es indivisible y todos en definitiva gozamos de sus triunfos y sufrimos sus derrotas.

Para justificar estas actitudes y las políticas impuestas se afirma que Chile es víctima de una gigantesca acción del comunismo internacional, que al sufrir una derrota en este país ha movilizado su maquinaria de propaganda, con todos los recursos y eficiencia que saben dar a su acción y con el decidido apoyo de algunas potencias.

Se ha señalado por más de un observador que después de la campaña alrededor de Vietnam contra la intervención norteamericana no se ha conocido otra de magnitud semejante. Eso es indudablemente cierto; pero es un engaño el querer significar que los únicos críticos de Chile son los comunistas, como se pretende hacer creer. Nada peor que esconder la cabeza para no ver la realidad.

Las universidades americanas y europeas, viejos centros de estudio como Oxford y Cambridge, diarios y revistas de toda Europa y América, extensos sectores de la Iglesia

Católica y distintas confesiones protestantes, parlamentarios y gobiernos, como los de Francia, Bélgica, Holanda, Alemania Federal, Gran Bretaña, Italia, Suiza, o Canadá, organizaciones sindicales de diversa procedencia — y no es necesario continuar la lista — que se han caracterizado por su oposición al comunismo y una defensa no menos clara en favor de la democracia, son críticos de la situación chilena.

Suponer que todos ellos son marionetas de la propaganda comunista es pensar que son irremediamente estúpidos o inmorales. Si lo primero fuera cierto, los únicos inteligentes que quedarían en el mundo serían los del grupo que inspira esta posición en Chile; si fuera lo segundo, querría decir que el comunismo tiene dominado desde conservadores ingleses hasta los más prominentes católicos y protestantes del mundo, desde Roma hasta el Canadá. De ser así la tesis se volvería en contra de sus sostenedores, porque ellos mismos estarían proclamando en esta forma el triunfo inevitable del comunismo.

Algo semejante ocurre cuando se han presentado votos condenatorios a la situación chilena. Es efectivo que algunos de los estados que aparecen firmando votos carecen de autoridad para hacerlo, porque mantienen miles de prisioneros políticos, han suprimido toda libertad y cometen toda clase de atropellos a los derechos humanos. Y no deja de resultar irritante e incomprensible que muchos que se dicen amantes de la libertad discriminen en sus juicios, manifestando con ello falta de lógica y cobardía moral.

Todo esto también es cierto, pero no puede ser argumento para justificar lo nuestro al decir que otros cometen crímenes o atropellos al derecho. Las faltas de los otros no pueden ocultar las propias y siempre será penoso decir que se admitirá que se investigue a Chile si a otros se les somete a igual procedimiento. El solo hecho de sostener tal política ya es deprimente y doloroso.

No puede admitirse como argumento, cada vez que se ataca al gobierno por el problema de los derechos humanos o se pide una investigación, expresar por qué a nosotros sí y a otros no?

Un chileno admirable por muchos conceptos no hace mucho decía: "el reproche que Solzhenitsyn, Sakharov, los intelectuales polacos y los concentracionarios bálticos, caucásicos, ucranianos y tártaros de la URSS le hacen al mundo occidental es irreprochable y justo. Cuando hay ojos que ven solo una parte de la realidad y oídos aptos para registrar una parte de los lamentos, algo podrido hay en ellos".

Y a continuación añadía algo que los chilenos deberán sentir como letras de fuego sobre su propia frente: "todos sabemos el horror del comunismo stalinista y cómo compitió mano a mano con el nazismo alemán. . ."

"Todos sabíamos eso. Y lo sabíamos antes de que Krushev descorriera el velo en el XX Congreso del Partido y que se publicara Ivan Desinovich y el Archipiélago Gulag. . ."

"Todos sabemos lo que está pasando en Camboya. . . son situaciones que horrorizan la conciencia. . . que atentan contra la bondad, la justicia y la humanidad más elemental. . ."

"Por eso es una tragedia que se incluya a Chile en esa competencia sin que nadie reaccione ante el horror que ello representa".

"Chile no ha estado nunca en carreras de esa naturaleza. Ni con Cuba, ni con la URSS, ni con Camboya; Tampoco con Trujillo, ni con Somoza, ni con Batista, ni con Duvalier. . ."

"Nuestra carrera ha sido otra. Ha sido la de competir en democracia, en civilidad, en cultura, en sensatez. Nuestros competidores eran las grandes democracias en su esfuerzo permanente por mejorar y perfeccionar".

"De ahí la gravedad de que se acepte con entusiasmo una consigna que desconoce lo más importante del legado histórico de la Patria".

"La pregunta que los chilenos debemos hacernos es otra. No debemos preguntarnos por qué nos investigan a nosotros y a los demás no, sino que interrogarnos sobre el fondo del asunto. ¿Se respetan realmente los derechos humanos en nuestro país? ¿Sí o no?"

Hay países que nadie podría acusar de estar sometidos al comunismo, como es el caso de Estados Unidos cuando vota en las Naciones Unidas o de otras cuando se abstienen. Y es inútil negar lo amargo que es para Chile ver cómo votan en su contra Francia, Alemania, Gran Bretaña, Italia y tantos otros amigos de siempre, que nos respetaban y distinguían.

Por eso sería más apropiado que nos interrogáramos, ¿no es cierto que Chile tenía un prestigio en el concierto de las naciones? ¿No es cierto que dentro y fuera de América había ganado un lugar histórico por su amor al derecho y al libre juego de sus instituciones? ¿Todos están equivocados menos nosotros? ¿Son todos simples marionetas, sin información adecuada?

Y si respondemos con sinceridad estas preguntas que se refieren al fondo del problema, podríamos a continuación preguntarnos qué habría sucedido en el pasado si Chile hubiese aparecido cambiando su voto en temas de gran trascendencia internacional e intensamente con-

trovertidos; o pudiera decirse que no hay coincidencia entre lo que se afirma en las Naciones Unidas y lo que se expresa después en el país.

Aún el menos informado de los chilenos sabe que nuestra situación exterior es muy difícil, cualquiera que sean las causas que la provocan; y quedan sorprendidos cuando constata que en vez de buscarse su corrección se sostiene que no importa quedar solos.

De la tesis de quedar aislados, o con muy escasos amigos, se pasa a la necesidad de resistir y exigir a todos solidaridad con Chile, que ningún chileno podría negar, porque la Patria nos duele siempre porque es nuestra propia vida; pero una cosa es ser solidario con la Patria, con la cual se debe estar unidos en la buena y en la mala fortuna, y otra es estar conforme con determinadas formas de una conducción política contingente que puede y debe, para conveniencia del país, estar sometida permanentemente a juicio público y medirse no por las interpretaciones, sino por sus resultados.

El quedarse solos es lo contrario a la esencia misma de una sabia política internacional, y ninguna circunstancia es suficientemente convincente para defender esta tesis, porque ningún pueblo lo ha jamás deseado y menos aún un país pequeño y tan alejado geográficamente del resto del mundo. Ejemplos que con frecuencia se citan son diferentes por ubicación, tiempo y condiciones al caso chileno.

Cada día que pasa la interdependencia entre los miembros de la comunidad mundial y americana son más estrechos. Ni siquiera las grandes potencias pueden vivir aisladas en un mundo de hoy, tan diferente al de hace muy pocos años.

A Chile esta situación le debe preocupar muy especialmente, porque se traduce en una falta de cooperación económica, de oportunidades fundamentales para encontrar una salida a su crítica situación, situación que se paga en reducción de ingresos, en hambre, cesantía y emigración masiva de profesionales, técnicos, juventud y obreros especializados.

Asimismo, no puede dejar de considerarse la atinencia que esto tiene en el desarrollo futuro de la nación y a su seguridad interna y externa, pues el aislamiento político internacional hace más audaces a los potenciales adversarios; y nos hace más dependientes de los escasos amigos.

LA POLITICA ECONOMICA.

Así como es muy diferente nuestra visión en cuanto al planteamiento internacional, lo es también en cuanto a la política económica. Y no parece inoportuno después de 27 meses de su aplicación formular un juicio sobre sus resultados.

Nada debe impedir en estas circunstancias un debate abierto, pues ello es práctico, no digamos en las democracias, sino es cualquier país civilizado y aún se admite en regímenes autoritarios. Sostener que en esta materia hay una sola receta es como para decir lo menos, un dogmatismo anticientífico; e imponer el silencio o falsear la opinión ajena para mejor refutarla, es más una demostración de debilidad que de fortaleza.

Se afirma, por ejemplo, que quienes disienten de esta política son partidarios de la inflación, lo que es una falsedad, ya que nadie podría ser partidario de un mal que corroe la vida económica y social de un país. Igualmente lo es suponer que los que critican esa política desconocen la realidad porque atraviesa Chile. Nada más contrario a la verdad, pues nadie ignora la verdad de los problemas que es necesario afrontar por las serias implicancias de la baja sostenida del precio del cobre, o por el alza de los insumos que es menester adquirir en el exterior, especialmente el petróleo, o las repercusiones de la recesión mundial y la desastrosa herencia recibida.

Desconocer estos hechos sería ridículo; pero para ser enteramente justos no debíamos olvidar, ya que nunca se recuerda, que gracias al plan de expansión del cobre, iniciado y terminado en el período 1965-70, se pudo llegar en 1974 a una producción cercana a las 900.000 toneladas y este año se superarán las 800.000. O sea, en esos dos años se produjeron 300 y 200 mil toneladas más que en el período 69-70, en que se llegó a 600.000

De donde resulta que la caída del precio en este año se compensa en parte con el aumento de cerca del 40% en el tonelaje producido y que el año pasado el país tuvo el mejor precio y el mayor ingreso por cobre en su historia.

Es efectivo también que era extremadamente difícil enderezar la economía del país en corto plazo después de una inflación oficialmente reconocida y otra retenida existente desde antes del año 1973, disminuir el monto del déficit del presupuesto fiscal, cuyos gastos improductivos se quintuplicaron o sextuplicaron; reducir la Administración Pública extraordinariamente expandida, y reorganizar el aparato productivo, en especial las empresas nacionalizadas cuya mal administración denunciara en ese entonces el propio Presidente de la Re-

pública. En esta materia es indudable que se ha hecho un real esfuerzo.

Nada, pues, es fácil hoy, ni lo será en el futuro, e incurriremos en un engaño no decirlo categóricamente. No se diga entonces, que se olvidan o niegan hechos evidentes.

Dentro de esta misma línea de distorsiones, en diversas publicaciones se formulan comparaciones en forma engañosas. Así se cita el caso alemán después de la última guerra y la aplicación por Erhardt de la llamada economía social de mercado, callándose el papel decisivo que significó para la recuperación el Plan Marshall, sin el cual todo habría sido muy diferente. Bastaría señalar lo que implicó la inundación de dólares, alimentos, maquinarias, alivio en los servicios de deudas, créditos, donaciones, y muchas otras ayudas que no habrían llegado si los gobernantes alemanes hubieran sostenido una situación internacional que no hubiera facilitado esa cooperación.

Tampoco pueden aceptarse sin calificación afirmaciones como aquellas de que la inflación sólo depende de la teoría cuantitativa del dinero que, siendo muy importante, no es único factor que la genera, y así lo piensan destacados economistas de renombre universal. Sin ir más lejos, la crisis del petróleo se tradujo en presiones inflacionarias que no dependían de la cantidad de dinero.

Una discusión honrada de un problema que afecta a todos los chilenos no puede plantearse sobre la base de negar ciertos hechos o desfigurar el pensamiento ajeno.

Para juzgar la política impuesta es necesario considerar que los responsables de su conducción han gozado de las más omnímodas facultades y un control completo de la situación política, social y económica, por lo cual han podido a su arbitrio, no sólo aplicar, sino también revisar y modificar sus propias resoluciones.

Tratemos ahora de ver cuáles son los efectos de esta política y al hacerlo nos surge de inmediato una pregunta: ¿cuál es el precio que ha pagado el país para tener este año 311% en vez de 338% de inflación al 30 de noviembre? la respuesta está a la vista.

Admitiendo las cifras oficiales, la cesantía se aproxima al 18%, sin considerar el sub-empleo y la emigración masiva de trabajadores, profesionales y técnicos; la disminución de la producción industrial por lo menos en un 20%, la reducción de la actividad en la construcción, seguramente en un 50% o más, y la caída del Producto que es probablemente de 12% o aún mayor.

Muchos no perciben el alcance de este hecho. Bastaría indicar que si el país tiene un Producto que se estima en 8.000 millones de dólares, un 10% de baja significa que nos reducimos a 7.300, o sea, que cada chileno pierde 70 dólares en el ingreso que le correspondería. Volver a recuperar esa suma no es tarea de uno o dos años.

En el sector agrícola las propias instituciones oficiales dan cifras tan contradictorias, que dificultan una apreciación global.

Es efectivo que por el solo hecho de establecer el orden en la agricultura, con relación a lo que ocurría en 1973, hubo un mejoramiento. Es también efectivo que en algunas producciones hay avance, pero en otras la situación es realmente preocupante. Así, por ejemplo, la cosecha de trigo en el mejor de los casos llegará en el presente año a 10 millones de qq. (tomando la mejor cifra), la que es inferior en más de 3 millones a la obtenida durante 1969, y 1970.

Sin entrar en detalles podríamos afirmar que el problema agrícola fundamental de Chile ha sido tradicionalmente el de una producción y una oferta escasa frente a una demanda no satisfecha. Esta situación ha cambiado en estos dos últimos años, especialmente en el actual, debido a que la demanda interna, con un millón de personas más que hace 5 años, pero con una substancial baja en el ingreso real per cápita, resulta incapaz para absorber producciones que hasta hace poco resultaron pequeñas e insuficientes.

De esta manera, una agricultura como la nuestra, de dimensiones más bien estrechas, difícil de desarrollar, de cosechas limitadas en relación a las necesidades del país, pareciera ahora en diversos productos quedarnos grande. O, se ha llegado a decir por algunos, pareciera estar "sobre dimensionada". Se ha reducido el tamaño de la avicultura, de la ganadería porcina, de la viticultura, se rematan vientres y vaquillas, y pareciera sobrar hasta la leche. Decece el interés por la mecanización, se reduce el uso de fertilizantes y como consecuencia baja la productividad de los cultivos, o sea, una actividad que ayer era insuficiente, hoy termina por tener excedentes, mientras tanto se forman o consolidan grupos de poder en el proceso de comercialización, lo que agudiza el problema de ingresos de una mayoría considerable de campesinos y productores especialmente pequeños y medianos.

No hay, pues, en esta política sólo un costo social gravísimo, como se ha dicho, sino además un costo económico difícil de medir en su magnitud y consecuencias actuales y futuras. Y todo ello para tener efectiva-

mente en 11 meses sólo un 9 o un 10 por ciento menos de inflación neta.

Volvemos a expresar nuevamente lo que manifestamos hace meses, y es que se podría reducir la inflación, objetivo sin duda esencial, pero que el camino escogido implicaba sacrificios indebidos y no aseguraba los resultados anunciados. Los hechos hablan por sí solos.

Sin duda que si la paralización continúa o se agudiza, los índices de inflación bajarán, pero la inanición no es señal de salud, y una tasa de inflación en 1975 superior en todo caso al 320% no puede mostrarse como un éxito, cualesquiera sea la forma como se presente.

La afirmación de que se ha mantenido o mejorado la distribución de los ingresos y que se ha aplicado una política social para resguardar el nivel de vida de las capas más pobres de la población no resiste el menor análisis.

La reducción del poder adquisitivo de las remuneraciones se calcula en 1974 en 35% con respecto a las de 1969. Hay otras estimaciones superiores y otras ligeramente inferiores; pero, cualesquiera ellas sean no puede ser inferior a un 30%, y en el año 1975 hay una nueva pérdida.

Es efectivo que se ha tratado de mejorar el ingreso mínimo de los que trabajan y se han adoptado medidas para paliar la cesantía, como el trabajo voluntario, sin asignación familiar ni imposiciones; pero todo ello no puede ni remotamente compensar el perjuicio que ha experimentado la clase obrera y las clases medias por el desempleo y su pérdida de participación en la renta nacional. Si a esto se agrega la grave disminución en la construcción de viviendas, la baja en el auxilio escolar y en el número de becas, el alza de los costos educacionales, y el déficit en el consumo de productos agrícolas, se tienen factores que no pueden ser compensados por medidas de carácter social, y muy laudables, pero que apenas constituyen paliativos de un mal mucho más hondo.

En las circunstancias excepcionales porque atraviesa la economía mundial, y en especial la economía chilena tan dramáticamente afectada, se insiste en mantener el funcionamiento de un sistema de economía de mercado que podría haber operado en otra época y en otras circunstancias, pero no en las condiciones anormales que vive el país. Además, dicha política ha producido como consecuencia una evidente concentración del poder económico, cada vez en menos manos, y a la vista y paciencia del país se están constituyendo verdaderos imperios que comenzaron con la creación de las financieras y terminaron comprando bancos y controlando industrias.

Este mismo criterio es el que ha regido el sistema de ventas de las empresas del Estado, que ha revestido en muchos casos el carácter no de una desestatización sino una verdadera desnacionalización en el auténtico sentido de la palabra.

Refiriéndose a las empresas del Estado, un importante vocero de esta política, dijo: "estas empresas a veces calificadas, pilares del desarrollo, han contribuido notablemente al empobrecimiento del país."

Suponemos que al calificarlas así debe haberse referido a las de electricidad (ENDESA), acero (HUA-CHIPATO), petróleo (ENAP), azúcar (IANS), telecomunicaciones (ENTEL), entre otras. Fácil es imaginar lo que sería de Chile si estas empresas no hubieran existido. En cambio es un hecho manifiesto que la extrema contracción de la demanda y el empobrecimiento general afecta tanto a dichas grandes entidades como al país. Así, por ejemplo, la CAP, el año 70, con una producción de 600 mil toneladas, no abastecía la demanda interna, y ahora, 5 años después y con un millón de habitantes más, el consumo interno ha disminuido a la mitad de esa cifra. En cambio el Perú, que el año 1970 producía 100.000 toneladas, se acerca ahora hacia el millón. Ese es sólo un reflejo de nuestra pérdida de posiciones en América Latina, pues mientras otros avanzan, nosotros retrocedemos.

Esta enajenación se traduce en muchos casos en la adquisición por firmas extranjeras de industrias ya existentes y en marcha, en condiciones, por decir lo menos, ininteligibles para el país, de lo cual podría citarse diversos ejemplos.

La Corfo ha vendido a Firestone el 70% de las acciones de Manesa (fábrica de neumáticos, en Coquimbo) y a Parson Whitmore la Celulosa Arauco cuyas expectativas para el futuro de toda una zona eran vitales; y que constituye uno de los recursos más valiosos con que cuenta Chile para estar presente en los mercados internacionales, y que ahora pasa a manos extranjeras. No es el momento para analizar el precio y condiciones de esas ventas.

Sin duda que la Corfo no podía concentrar en sus manos empresas que no respondían a sus verdaderos objetivos, pero otra cosa es desprenderse de elementos claves para el desarrollo del país o que representan el control de líneas básicas en la economía.

Se afirma, por otra parte, que la situación de la Balanza de Pagos, afectada por la baja del precio del cobre, ha mejorado notablemente y se muestra ese resul-

tado como un gran éxito, pero no se explica que ese éxito se ha logrado disminuyendo las importaciones en un 40% en relación a 1974, y que esta mejoría tiene un carácter sólo aparente.

La política de fomento a las exportaciones es correcta y lo que se realice en esa línea siempre será muy conveniente, pero cuando decimos que la mejoría es en cierta manera aparente, se debe a que está basada en la disminución de las exportaciones, y a que el incremento de las exportaciones se debe, en proporción no despreciable, a la contracción de la demanda interna, pues estamos enviando al exterior productos que el día que esa demanda interna se normalice absorberá buena parte de los actuales excedentes exportables.

En estas condiciones, y mirando hacia el futuro, es necesario preguntarse a qué nivel puede descender la inflación en el año próximo, qué nuevos precios va a pagar el país por esta disminución, y cuál será el punto en que se estima que la estabilidad puede generar el arranque automático de la economía.

Dentro de las condiciones actuales, y a pesar de la dramática baja en la actividad económica, una inflación en el próximo año de 100 a 150% aparentemente sería un gran éxito. ¿Es esa la condición de este arranque? ¿Ha llegado a tal extremo este país que una inflación con aquellos altos porcentajes, a los tres años de aplicar esa política, se considere un gran éxito?

Por otra parte, es necesario preguntarse cuáles son los factores que harán posible esa recuperación, pues mientras no mejore la demanda interna continuará la postración económica. Puede que el país se normalice, pero debemos preguntarnos a qué nivel y en cuánto tiempo y cuáles serán las consecuencias que afectarán a casi más de una generación.

Igualmente queda por preguntarse cuál es el tipo de sociedad y de desarrollo que se busca y cuáles las ideas que inspiran el modelo aplicado.

No basta el control inflacionario y aunque este hipotéticamente se alcanzara, es necesario saber quienes dominarán las palancas básicas de la economía, cuál será el rol del Estado, cuál la participación de los trabajadores y los mecanismos que operarán en este proceso.

Estas preguntas están en el corazón mismo de cualquier proyecto de desarrollo económico y social e implican una definición del rol del Estado, de las empresas y de los trabajadores.

Más aún, estamos ciertos que si bien el superar la inflación es una condición esencial, los métodos que se empleen y los medios y fines de una visión global de la sociedad, son factores absolutamente decisivos.

Por otra parte, seguirá siendo un tema fundamental el relativo a los créditos e inversiones externas, que podrían mejorar nuestras posiciones y resolver, por lo menos en parte, los graves problemas de Balanza de Pagos. Sin esa ayuda externa a la cual apelan todos los países del mundo, incluso los más poderosos, la situación seguirá siendo extremadamente difícil, y por lo tanto, exorbitante el precio social, económico y humano que se pague. Tampoco se constata una mayor inversión interna, sea pública o privada.

Es fácil entonces comprender la estrecha vinculación que existe entre el plano político y sus efectos en el plano económico. Ello puede reflejarse también en el problema del cobre, para cuya solución sería necesario iniciar una gestión internacional de suma importancia, porque este país está siendo castigado de una manera injusta a través de sus términos de intercambio. Siempre se ha buscado en estos casos compensaciones que no pueden ser más legítimas y dramáticamente necesarias.

¿Está el país dentro del cuadro político internacional en situación de iniciar pronta y positivamente esas negociaciones?

Estas y otras son las cuestiones fundamentales que debieran debatirse a fondo con toda la información necesaria.

Cuando en abril de 1971, al iniciarse la política económica de la Unidad Popular, sostuve ante el país que aquellas nos conducirían a un estrepitoso fracaso, recibí de las fuerzas predominantes de la época, en vez de argumentos, toda especie de calificativos. Algo parecido ocurre ahora. Sin embargo, los porfiados hechos son, como entonces, los que dirán su última palabra.

Se afirma que no se ofrecen soluciones. Hemos demostrado en su oportunidad que aplicamos una política coherente y programada que comprendía una visión del desarrollo económico y social y cuyos resultados se conocen. Recientes informaciones revelan que hay equipos que tienen una visión orgánica diferente, capaz de enfrentar la presente situación.

EL CHILENO PREGUNTA

Hay un hecho que, aunque doloroso, debemos reconocer: **estamos disminuidos**. Ningún falso patriotismo, que es justamente lo contrario del amor a la Patria, puede negarlo.

Nadie ha calculado aún con precisión lo que significa la pérdida de capital humano por la emigración de

miles de trabajadores especializados, de profesionales y técnicos, de investigadores y de especialistas, que han salido y se han sumado en una proporción aún mayor al éxodo que se produjo en los años 71-73.

Cualquiera que en forma desapasionada estudie las cifras de crecimiento de Bolivia, Ecuador, Perú, Colombia, para qué decir Venezuela, Brasil y México, tendrá que comprender que, en comparación con ellos, Chile es un país en retroceso. Duro es decirlo, pero nadie puede llamarse a engaño. Cada día hay menos ocupaciones, menos porvenir para la juventud, menos oportunidades para que el empleado u obrero se ganen la vida, y es muy grave que actualmente, con más habitantes, construyamos menos casas, fabriquemos menos productos industriales y, lo que es peor, dispongamos de menos alimentos. Hoy en día existen menos plazas en las Universidades y menos oportunidades de trabajo profesional que hace cinco o seis años. Esto es matemáticamente demostrable e inútil discutirlo. Más aún, este año no hay ninguna duda de que al revés de lo que ocurre en otros países de América Latina, donde el Producto crece, en Chile disminuirá, y que una población deseosa de trabajar no encuentre cómo ni dónde hacerlo.

En otras palabras, mientras las naciones de este hemisferio han tenido en estos años una alta tasa de crecimiento, la nuestra es negativa.

El chileno más que mirar hacia el pasado se pregunta si podrá el país recuperar un nivel de desarrollo económico que permita realmente dar trabajo y mejores niveles de vida a los campesinos, a los obreros, a la deprimida clase media, a los profesores, y estimular de nuevo a los empresarios que ven sus empresas paralizadas y descapitalizadas.

Se pregunta si se está creando la oportunidad para unir a los chilenos o son ahora más hondas las fosas que los separan.

Se pregunta el chileno si hay un camino para que retorne la democracia en nuestro país, para que haya paz entre todos, para que nadie pueda ser apresado sin la orden judicial correspondiente, para que una autoridad fuerte pero con respeto a los derechos garantice dentro de la ley su seguridad y un verdadero ejercicio de la libertad.

Se pregunta el chileno si sus organizaciones podrán recuperar su vigencia sin tuteladas paternalistas, y se pregunta también si la Universidad volverá a ser un centro autónomo, donde exista la libertad y espontaneidad académica indispensables para investigar, para crear y para enseñar.

Ningún chileno quiere volver atrás. No quiere la inflación desatada ni volver al desorden callejero, a una politización enfermiza de todos los aspectos de la actividad, a la grosería y el insulto como sistema, y a periódicos que envilezcan por su lenguaje la vida nacional.

Hay quienes quieren crear la sensación ante el país de que no tenemos alternativa; que toda apertura es una debilidad que conducirá al país al caos y la violencia.

Así, el país se debate entre el temor de los que ven crecer el resentimiento y la venganza, y el temor de los que guardan silencio por el riesgo que corren si expresan sus opiniones.

¿Puede ser sana una situación como la descrita? Estamos ciertos de que ningún chileno responderá afirmativamente.

ESFUERZO DE REFLEXION Y CLARIDAD

Por eso es que un esfuerzo de reflexión y claridad respecto al porvenir se hace indispensable.

En primer término tenemos que reconocer todos la parte de culpabilidad que nos cabe en lo ocurrido en Chile. Nadie puede proclamarse inocente. La hipocresía de algunos grupos que tienen el privilegio de poder hablar, en contra de otros, no puede borrar su egoísmo y su ceguera.

Nadie puede discutir la responsabilidad que tuvieron los partidos de la Unidad Popular que destruyeron la economía y despilfarraron el progreso y las reservas que el país había acumulado; que desataron y ampararon que la violencia; mientras algunos de sus principales perallos hacían público su desprecio por la democracia, mientras abiertamente preparaban o amenazaban con establecer su dictadura.

Responsabilidad tiene también nuestro gobierno y la Democracia Cristiana. No supimos ser unidos y realistas para continuar la tarea que comenzó el año 64, buscando un más amplio concurso en otros sectores sociales y políticos. Sin embargo, de haber seguido la senda indicada, cuyos resultados se conocen, este país estaría entre los más prósperos de América Latina y continuaría siendo un ejemplo de nación libre e independiente.

No hay duda de que en el propio seno del PDC surgieron grupos que se desmembraron, debilitaron su acción, para después desconocer sus principios y sus fines, formulando planteamientos irreales.

Nadie puede tampoco desconocer que la organización sindical se había politizado hasta el extremo, y que muchas veces, por encima de los intereses reales de los trabajadores, predominaban los objetivos partidistas.

La CUT se había transformado en instrumento esencialmente político, por lo cual muchos trabajadores se marginaron de ella. Tampoco se puede ignorar el carácter casi exclusivamente reivindicacionista que se dio al movimiento sindical, sin verdaderas perspectivas respecto a los intereses de la clase trabajadora y del país entero.

Las universidades se convirtieron en centros de lucha partidista, lo que culminó en los años 70-73 en que desapareció la disciplina y el respeto por la autoridad académica, lo que produjo un clima negativo para el estudio, la investigación y el intercambio de ideas.

Desconocer estos hechos o querer repetirlos es lo que el pueblo no quiere ni acepta.

LA CRISIS DE LA DEMOCRACIA

También es fundamental un análisis serio y profundo de lo que ocurrió con la democracia chilena como parte del sistema democrático mundial.

La crisis chilena está vinculada a un fenómeno más extenso que afecta al mundo entero. Esta crisis de la democracia no es sólo política, económica o institucional. Esta es una crisis que afecta a las raíces mismas de la civilización, de la cual tampoco escapan los pueblos que no pueden expresarse libremente.

El régimen democrático ha sufrido y sufre la amenaza de los sistemas totalitarios, sean de derecha o de izquierda. A eso se agrega que la violencia se ha desatado en las más diversas regiones de la tierra, aún en las que parecían inmunes a ella.

Desde otro ángulo, en los regímenes totalitarios surge la rebelión de los intelectuales como lo constatamos en el caso de la URSS o en los países de la Europa Oriental, ocupados o dependientes.

Los pueblos se encuentran ante nuevas realidades y ante un mundo diferente, con problemas de orden planetario, en que todo el contexto de la situación política, social y económica ha cambiado, incluso se han transformado las relaciones familiares y la forma de vida religiosa. Asistimos a cambios fundamentales, y se generan conflictos y problemas inimaginados hace menos de cuarenta años, que afectan sustancialmente la vida y la subsistencia de la especie humana y se modifican normas tradicionales de conducta moral indiscutidas por milenios.

Los problemas de la población, las reservas de recursos naturales no renovables, la contaminación del aire y las aguas, los nuevos sistemas de información y de comunicación que incorporan a centenares de millones de hombres al conocimiento simultáneo de hechos que antes se desconocían, la aparición de entes internacionales con poderes superiores a muchos Estados y avances tecnológicos insoñados, son, entre otros, factores que están modificando la naturaleza de los problemas y de las instituciones que regían la vida social.

NO SOLO EN CHILE.

No se puede juzgar el proceso chileno sin considerar la realidad descrita que desborda las fronteras de cualquier país y por eso resultan manifiestamente superficiales algunas opiniones tan intencionadas como mediocres, como aquellas que tratan de establecer que debido a la irresponsabilidad del Gobierno demócrata cristiano se originaron los movimientos violentistas o que aumentó el poder comunista, hecho por lo demás falso tal como ya lo hemos demostrado.

En los años posteriores a 1965 aparecieron las guerrillas en toda América Latina, ocurrieron los hechos de Mayo de 1968 que hicieron tambalear el gobierno de De Gaulle en Francia, que no era precisamente débil; se produjeron movimientos extremistas en Alemania e Italia y los grandes conflictos raciales y universitarios en los Estados Unidos que incendiaron ciudades y provocaron el cambio de la estructura y de las autoridades en casi la totalidad de ellas, a pesar del arraigo de sus tradiciones y el prestigio que gozaban, y en el mundo comunista se reagudizó el choque de Rusia con China, y surgía, para después ser aplastada, la "primavera de Praga" y la rebelión polaca de 1970.

No podía ser Chile una excepción. El gobierno ejerció entonces la autoridad con firmeza, combatió el extremismo violentista sin concesión alguna, y afrontó dentro de la ley los mismos embates que sufrían todas las naciones.

Esta actitud fue semejante a la que mostró la Democracia Cristiana en los años de la Unidad Popular, cuando combatió el violentismo y propició la ley de Control de Armas, que no fue aplicada con oportunidad y energía, a pesar de sus protestas, lo que habría podido evitar graves situaciones posteriores.

Las naciones democráticas están haciendo frente a estos problemas, y se encuentran empeñadas en la búsqueda de nuevas instituciones, de nuevas ideas, que puedan dar una salida racional y humana a una situación también nueva. Las naciones en todas las épocas han sabido superar sus crisis políticas, y no hay razón para creer que no ocurrirá lo propio en las circunstancias actuales.

NO RÉTROCEDER, SINO AVANZAR

No es retrocediendo ni negando estas realidades como se las podrá afrontar, sino al revés, reconociendo sus causas y proyecciones. Ese fue hasta hace pocos años, el signo histórico de Chile y la razón de su estabilidad en medio de una América Latina convulsionada. Por eso se consolidó primero la clase media y progresivamente surgió la clase trabajadora como parte integrante y viva del país. Así se iniciaron las reformas del año 1920, que se continuaron en sucesivos gobiernos. Tal fue el sello que inspiró los cambios a partir de 1964 hasta 1970.

Los países que han querido resistir este proceso de evolución, creyendo que se puede volver atrás y detener las ideas y los procesos sociales, han fracasado siempre y en todas partes.

Pasaron los años en Portugal, pero al cabo de ese lapso han aparecido las mismas ideas y los mismos partidos. En España, después de un período bastante prolongado, están latentes las mismas fuerzas ideológicas de antes, y todos los esfuerzos de decenas y decenas de años de silencio, de represión, no han podido borrar en los hombres su ansia de libertad y la adhesión a sus ideas. Algo muy semejante ocurrió después de 25 años de fascismo en Italia. Lo propio a la caída del hitlerismo. Y estos ejemplos dan buenas razones para pensar que lo mismo ocurriría si los pueblos de la Europa Oriental pudieran mañana manifestarse libremente.

Un ejemplo histórico muy importante podría ser lo ocurrido con el Presidente De Gaulle en Francia. Llamado a gobernar para hacer frente a una extrema crisis política, agudizada por un problema de tanta magnitud como era la guerra de Argel, pudo haber seguido el camino fácil de cerrar el Parlamento, controlar la prensa y todos los medios de comunicación, y ejercer en nombre de la FF.AA. una autoridad limitada. A pesar de tener que repatriar desde Argel a casi un millón de franceses enfurecidos contra su persona y sufrir un sinnúmero de atentados contra su vida, a pesar de que las bombas estallaban noche a noche en todos los rincones de París y a que parte de ejército instalado en África prácticamente se sublevó contra la autoridad legítima, afrontó esos problemas dentro del marco de la Constitución y la ley y encontró la forma de crear nuevas instituciones y normas jurídicas que le permitieron a Francia salir de su crítica situación sin destruir la democracia sino robusteciéndola. En menos de un par de años hubo dos plebiscitos para consultar a la Nación, y aunque se afirmó la autoridad, se respetó la libertad, incluso en sus excesos. Gracias a ello se resolvió la crisis de la descolonización, al parecer imposible de controlar y nació la V República. Después de la muerte de De Gaulle se han sucedido sin trastornos los gobiernos que han llevado al país al más alto grado de prestigio y desarrollo económico.

Esto prueba que es posible realizar una acción que en su inicio fue amparada sin duda por las FF.AA., pero, simultáneamente, se buscó el consenso libre del pueblo para alcanzar la tranquilidad en el país, y por cierto no fueron aprovechadas tan críticas circunstancias para establecer un gobierno dictatorial.

Estamos convencidos de que aquí en Chile es también necesario buscar una salida que le permita al país recuperar los grandes lineamientos de su historia, y las FF.AA. están llamadas a facilitar esta tarea, pues ellas son instituciones permanentes de la vida del país, y por lo tanto no pueden comprometerse con un régimen determinado ni con una fórmula económica y social. Al país le interesa vitalmente la existencia de estas Instituciones como parte y como garantía de la vida de la nación y de su seguridad interna y externa.

BASES PARA UNA RECONSTRUCCION

¿Sobre qué bases puede reconstruirse una auténtica y renovada vida democrática en Chile?

Se requiere en primer término un gran esfuerzo moral. Es necesario pensar, antes que en los partidos y antes que en las personas, en nuestra patria y en su destino. Fundamentalmente debemos fijar nuestro pensamiento en la juventud chilena, y no olvidar que más del 50% de la población chilena tiene hoy menos de 25 años.

Este esfuerzo significa ejercer una voluntad real para que en el país se produzca un consenso, para que haya paz, para que haya justicia y tolerancia mutua. Nuestra Patria tiene que volver al ejercicio de los derechos y de la libertad de cada ciudadano, sin que nadie viva en el temor, en la inseguridad. Debemos concebir este propósito, como obligación de todos y de cada uno, para que la transición a ese sistema sea pacífica. Ninguna fórmula política puede reemplazar este alto sentido moral, que debe ser la base de una verdadera recuperación democrática.

Este esfuerzo, que exige un real ejercicio de la inteligencia, implica la decisión de no dejarse arrastrar por ciegas pasiones, por explicables que parezcan. Requiere esto sin duda una gran generosidad.

No es a través del apetito del poder, ni mucho menos del partidismo, que Chile podrá encontrar su camino y su

acuerdo. Tampoco ningún partido político aislado podrá afrontar con éxito esta difícil empresa. Este país, para superar sus actuales problemas, necesita de todos sus hombres, y en especial de aquellos que más saben, de los maestros, de los investigadores, de los científicos, de los técnicos, de los trabajadores, de sus dirigentes estudiantiles, de sus organizaciones de base. Este país necesita asimismo de un enorme esfuerzo de trabajo para recuperar su lugar en América Latina y su propio ritmo de evolución y desarrollo.

Ningún camino será fácil. Durante estos años se han construido mucho menos viviendas y escuelas que las requeridas por su creciente población, no se han producido los suficientes bienes que aquella demanda, y debemos estar conscientes de que se han realizado muy pocas inversiones productivas. Además, es un hecho que ha disminuido el capital que se había logrado acumular en sucesivas administraciones hasta 1970. Por eso estamos no sólo estancados sino retrocedidos, y por eso tampoco se ha logrado crear las condiciones para que realmente el pueblo tenga ocupaciones y, en consecuencia, pueda trabajar con tranquilidad. Ningún hombre o mujer resiste la paradoja de que se le pida un esfuerzo y al mismo tiempo se le mantenga cesante.

El país necesita para recuperarse y para que la libertad se consolide de una gran disciplina, que sea el resultado del libre consenso y de una autoridad eficiente que el pueblo designe, porque él es el único soberano para generarla y para fijar su poder y sus limitaciones.

Los propósitos reseñados sin los cuales no se podrá producir una normalidad democrática, sólo se lograrán si cada chileno es capaz de sacrificar sus puntos de vista particulares en aras del interés común y si existe el suficiente realismo para saber con qué esmero será necesario proceder después de las amargas pruebas y experiencias que el país ha vivido.

POSTERGAR ES AGRAVAR

Hemos expresado que restablecer la normalidad democrática en el país no será fácil, pues se han acumulado tensiones y resentimientos.

Cada día que pasa, en vez de mejorar la situación se torna más compleja. Postergar una solución es agravarla, y quienes confían en el paso de los años deberían mirar los ejemplos de lo ocurrido en el mundo entero.

A medida que transcurre el tiempo, no corre este a favor de una solución constructiva y pacífica. Al revés, favorece los extremismos porque cuando en una nación se debilita la vida de las organizaciones políticas, de los sindicatos y de las organizaciones de base, terminan siempre por dominar quienes tienen más capacidad para la lucha clandestina, y porque los sufrimientos acumulados y las ideas reprimidas van haciendo cada vez más difíciles las soluciones racionales.

Su atomización, al suprimir o debilitar estas organizaciones, conduce a situaciones cada vez más odiosas.

No se puede olvidar que en Chile, entre los años 1971-73, se resistió una tentativa totalitaria precisamente por la acción de un pueblo organizado. No fueron los hombres de negocio los que dieron la batalla. La verdad es muy otra. Algunos se quedaron y lucharon, otros se fueron, para retornar en gloria y majestad a dar lecciones a los que dieron la cara. La lucha se dio principalmente en los sindicatos y gremios, en las Juntas de Vecinos, en los barrios a través de grandes manifestaciones multitudinarias, y la dieron también los movimientos políticos de raigambre democrática.

Desde otro ángulo podemos apreciar que una propaganda sistemática quiere hacer creer que la democracia es un imposible para Chile. Se pretende que es un régimen que nos llevaría de nuevo al desorden y a la politiquería, y quienes lo propugnan son políticos ambiciosos que quieren volver al poder, incapaces de mantener el orden público o de crear las condiciones de eficiencia que requieren el manejo del Estado y la conducción de la nación.

Con iguales argumentos que distorsionan los hechos o suponen intenciones tan subalternas, se podría decir que otros quieren perpetuarse en el poder para gozar de sus ventajas.

El problema no se puede plantear de manera tan mezquina porque no es cuestión de personas o de partidismo político o de disputa por el poder.

Tampoco creemos que la reconstrucción democrática de Chile sea la tarea de un partido, porque apreciamos claramente y lo hemos ya expresado, que ella requiere del más amplio consenso de los chilenos, lo que está mucho más allá de los límites de un conglomerado político.

Después de todo lo ocurrido, tampoco creemos que las estructuras de la democracia de hoy puedan ser las mismas que regían antes de 1970.

Sin embargo, por más que varíen las formas según los tiempos, la democracia significa valores sustanciales intransigibles en los cuales queremos insistir: el respeto a la persona y a sus derechos; el que ningún ciudadano pueda ser juzgado sino de acuerdo con las leyes y por los Tribunales de Justicia; que nadie viva en el temor y la in-

seguridad, sino sujeto a normas establecidas, reconocidas y cumplidas. Significa la libertad de expresarse y la libertad para ser debidamente informados. Significa el respeto a la autonomía universitaria. Significa la posibilidad de organizar partidos políticos. Significa que los gobernantes deben ser elegidos por sufragio libre y secreto, y que el Ejecutivo no puede ser al mismo tiempo el único legislador y ejercer su propio control y fiscalización. Significa que los sindicatos deben representar auténticamente a los trabajadores. Significa el derecho a un trabajo y a una debida participación. En la sociedad moderna la libertad tiene un sentido positivo. Es decir, cada ciudadano debe tener no sólo el derecho a votar sino una real igualdad fundamental de oportunidades y organizaciones eficientes que lo representen.

CHILE Y SU DEMOCRACIA

El cuadro que se quiere divulgar de que la democracia en Chile fue un fracaso, es, además de falso, engañoso.

No se puede juzgar un proceso tan largo como la vida de una nación por lo ocurrido en una etapa de crisis.

Mucho se habla de la ineficiencia del sistema democrático, pero pocos se detienen a pensar que este país a pesar de tener una superficie muy inferior a la de la mayoría de los países de América Latina, con menos recursos naturales, con una geografía adversa y un largo desierto que se inicia en Arica para alcanzar hasta los bordes de Santiago, con un inadecuado régimen de lluvias y frecuentes sequías en algunas zonas, llegó a tener una renta por habitantes sólo inferior a la de Argentina y Venezuela con sus enormes recursos, y alcanzó uno de los más altos niveles de educación y salud y un grado de desarrollo social comparativamente muy avanzado.

Tampoco la democracia responde a la imagen que de ella se ha querido diseñar, presentándola como débil e ineficaz. Este país, por tantos conceptos difíciles, llegó a tener una de las mejores, sino la mejor infraestructura física del hemisferio sur; construyó la primera línea de FF. CC. y de navegación marítima, el primer Telégrafo y la primera estación de comunicaciones por satélite, regó por el esfuerzo de sus hombres de empresa, primero, y por el Estado, después, centenares de miles de hectáreas, tarea notable por la desigualdad topográfica del terreno. Este país se distinguió también en su cultura, en la calidad de sus profesionales, en el desarrollo de las ciencias y, si consideramos lo exiguo de su población, se superó frente a otros mejor dotados en recursos y oportunidades. Podemos sentir real orgullo por la historia de nuestra Patria y a quien se pregunte en América y el mundo, esta historia se confunde con el ejercicio de la libertad, con la existencia de uno de los más antiguos Parlamentos de Occidente, con Tribunales independientes que ejercieron su independencia, y con un pueblo altivo acostumbrado a vivir con seguridad y sin temor.

La historia de Chile se confunde con la historia de la democracia chilena, respetada y elogiada universalmente, y era este nuestro privilegio y honor, y así pudimos sentirlo cuando representamos a Chile en Europa y América.

Muchos que renegaron de nuestra democracia, que vieron sólo sus defectos, o que con apresuramiento y ligereza a veces criminal quisieron arrojarla por la borda para realizar sus acalorados ensueños sin respeto alguno por la realidad, pueden hoy apreciar y saber lo que perdieron y llorar sobre sus ruinas.

Es fácil decir que la democracia es ineficaz y vacilante, pero, cosa curiosa, los mismos que alaban sin medida los progresos de EE. UU., y de Europa Occidental y abominan de las dictaduras comunistas, podrían preguntarse cómo esos pueblos han llegado a tan altas posiciones si la democracia es tan ineficiente y las dictaduras son tan eficaces.

Así ocurrió con Hitler y Mussolini, pero después que éstos cayeron, se han revelado las grietas de sus edificios, en cambio, las democracias reconstruyeron esos países y los llevaron a un grado de adelanto incomparablemente superior.

Sería absurdo desconocer los errores y deficiencias de este sistema, inherentes a toda creación humana, y la continua necesidad de corregirlos.

No hay duda de que este sistema está sufriendo una crisis aguda y profunda, y Chile la vivió en una forma extrema. También la han sufrido otros pueblos que han conocido la derrota, la ocupación extranjera y su destrucción física. Sin embargo esos pueblos han resurgido con una democracia renovada y vigorosa que les permitió en pocos años el más alto grado de riqueza y bienestar.

Buscar hoy en Chile la forma de corregir los errores cometidos y las instituciones que expresen las nuevas realidades nacionales y mundiales, es una tarea viva y necesaria. En ella han estado empeñados otros pueblos de



la tierra y nosotros debemos participar activamente en ella.

LA CONVENIENCIA DEL PAIS

No es esta una tarea de ilusos, sino la responsabilidad y conveniencia de un pueblo que siempre ha sabido encontrar su propio camino. La recuperación democrática no es sólo una exigencia que está en las raíces de este país sino que también constituye su interés más inmediato.

Una salida democrática permitiría de nuevo a Chile mostrarse en el ámbito mundial en condiciones muy diferentes a las de hoy, lo que no sólo tiene consecuencia en cuanto a la visión y prestigio del país, sino también la afecta profundamente en sus posibilidades y en la necesaria cooperación económica.

Todos los países están fundamentalmente condicionados por factores externos, y no pueden por cierto vivir bajo sistemas autosuficientes.

Por eso no sólo son las conveniencias políticas sino también la estabilidad económica y el futuro los que están comprometidos en esta conducta.

DEFINICIONES NECESARIAS

Para construir la democracia es necesario definir con claridad nuestra posición.

La reconstrucción democrática no podría llevarse a efecto en buena forma sobre la base de mal entendidos ni mucho menos de declaraciones que no concuerdan con la conducta de quienes las formulan.

En estas circunstancias, creemos que es deber ineludible precisar nuestro pensamiento.

En primer término debemos declarar nuestro repudio y condenación a aquellos que preconizan cualquier forma de violencia para imponer sus ideas. Y esta actitud no es de ahora sino de siempre. Ahí están nuestras declaraciones y actos durante más de cuarenta años. Desde el instante mismo en que aparecieron los primeros brotes guerrilleros en América Latina, los condenamos sin vacilaciones. Estas minorías, porque son ínfimas e incapaces de conquistar la voluntad del pueblo, pretenden imponerse por el terror y pueden conmover a la sociedad con sus atentados, pero no engendrarán proyecto social viable.

Por el contrario, provocan la reacción de la inmensa mayoría de estos pueblos que quieren justicia, pero que temen y rechazan la violencia y la anarquía. Nuestro pensamiento en esta materia es definitivo. Así, lo fue durante el ejercicio de nuestro gobierno, cuando se las atacó sin debilidad alguna, porque estamos ciertos de que aquellos grupos violentistas son los que provocan las peores formas de reacción y, en último término, perjudican fundamentalmente el interés popular y atentan contra la posibilidad de cambios reales en la conducción del pueblo. Lo único que han conseguido es dar un pretexto a las fuerzas más retardatarias, y con ello han causado un gran daño y un gran retroceso a la causa popular.

Con igual énfasis estamos en contra de los que mediante la violencia institucionalizada pretenden imponer un orden social que mantiene privilegios e impide la justicia.

EL NACIONALISMO

Desde hace más de 40 años hemos luchado también en contra de todo tipo de fascismos, definitivos o larvados, aunque muchas veces se disimulen colocándose el res-



petable nombre de nacionalismo, al cual agregan los adjetivos autoritario, corporativistas y apolítico que lo desnaturalizan.

Si por nacionalismo se entiende el amor a la Patria, la anteposición de la nación a los partidos, o la lucha por lograr un gran destino nacional para Chile, o todos estos propósitos a la vez, podemos afirmar que somos nacionalistas en el más limpio sentido, y así lo son también la inmensa mayoría de los chilenos.

Pero muchas veces bajo el nombre del nacionalismo se esconde una ideología totalitaria y antihumana. Nos referimos al nacionalismo totalitario de derecha.

En lo ideológico, esta corriente se caracteriza por un desprecio absoluto por la democracia, por su odio a las organizaciones políticas, por la exaltación de un Ejecutivo dictatorial al que se le asigna en monopolio la interpretación y administración de los supremos intereses de la Patria por la utilización de este concepto como fundamento de la exclusión social y política de todos los que disienten.

En su práctica correcta el totalitarismo de derecha ha generado experiencias políticas caracterizadas por la existencia de enormes y costosos aparatos represivos, la entrega de la economía a pequeños grupos de grandes monopolios, el dominio de las mentes a través del manejo de la propaganda, la cultura y los medios de comunicación de masas y la destrucción o aniquilamiento del movimiento obrero.

Estamos contra esta ideología y sistema que con el tiempo ha terminado siempre con estrepitosos fracasos.

Postulamos que, más allá de los partidos, como una tarea que compromete la responsabilidad de cada chileno, debemos desterrar esta perversión ideológica, extraña a nuestra historia e idiosincrasia y de la cual el país no puede esperar sino la regresión en su sistema político y social y el establecimiento de un régimen económico que, repetimos, sólo favorece a las minorías, cuando no empobrece o arruina a la nación.

Hay sectores de derecha que no han aceptado a estos grupos que se han apoderado de su representación. En el curso de su historia esos sectores demostraron ser capaces de entender las nuevas condiciones que iban surgiendo. Hemos tenido y tenemos discrepancias fundamentales con sus planteamientos, pero no se puede desconocer el papel que desempeñaron los viejos partidos en la creación de una forma impersonal de gobierno y que muchas veces hicieron posible etapas positivas de evolución social y política, y para comprobarlo bastaría tan sólo revisar la historia de las últimas Administraciones que conoció Chile y que me correspondió suceder.

EL COMUNISMO

Creemos esencial definir una vez más nuestro pensamiento frente al comunismo.

A este respecto nuestra posición también ha sido clara e invariable. Jamás hemos practicado el anti-comunismo profesional, ni la persecución de las personas por sus ideas. Nuestro convencimiento es que en esta lucha no se vencerá si no hay principios, doctrinas y capacidad para, en función de ellas, construir una nueva sociedad justa y humana.

El gran engaño que existe en pensar que mientras el

comunismo ofrece un tipo de sociedad, una filosofía, una interpretación de la historia y del mundo se le podrá vencer sólo por el anti-comunismo. El hecho de definirse como anti ya es una derrota, porque es definirse no por lo que se es, sino por el temor a una amenaza que se ve crecer.

No vivimos del anti-comunismo. Vivimos de una afirmación en nuestra propia fe en el hombre, en su destino, en sus derechos, en su esencia inmortal. Tenemos fe en la justicia y en la libertad. Tenemos confianza en el pueblo. Tenemos otra interpretación de la historia y otros conceptos de los medios y de los fines que debe alcanzar una sociedad verdaderamente humana.

Tampoco estamos contra el comunismo por odio a las personas que lo profesan, sino porque tenemos ideas y métodos distintos y porque hemos visto que la sociedad que ellos propugnan invariablemente ha conducido, en todas las naciones donde se ha impuesto, a un tipo de estado totalitario en el que sólo puede existir un partido único, donde puede expresarse una sola ideología, la comunista, donde el control por el partido dominante de todos los medios de comunicación y del aparato sindical es absoluto. En todas ellas hay una fuerte y poderosa policía, y los que se oponen están amenazados por la prisión o el exilio. Allí los ciudadanos no pueden elegir sino en listas únicas señaladas por el partido único, sin que nadie tenga posibilidad de discrepar ni menos controlar la omnipotencia de los que dominan el Estado.

Decir esto no es una afirmación teórica. Son los hechos los que están hablando, y a ellos nos atenemos.

Por otra parte, creemos que la democracia no puede ser un medio táctico para conquistar el Poder. Hemos rechazado siempre la posición de todos aquellos que explícita o implícitamente la buscan como un puente para establecer la dictadura de su partido, al mismo tiempo que forman contubernios con los grupos extremistas que propugnan la violencia para conseguir sus propósitos. Por expresarlos así hemos recibido cualquier tipo de ataques, pero sería hipócrita no decir toda nuestra verdad.

EL PUEBLO DE CHILE

Entre aquellos dos extremos está el pueblo de Chile, su inmensa, su abrumadora mayoría. Este pueblo que quiere autoridad eficaz y firme, este pueblo que quiere seguridad, pero que por encima de todo quiere paz, justicia, trabajo y respeto por cada persona. Este pueblo chileno que quiere seguridad y autoridad, pero no al precio de su libertad porque, amando la libertad, siempre ha repudiado la violencia y la anarquía.

Ese pueblo está conformado por una gran masa de hombres y mujeres, independientes, gremios, organizaciones de bases que expresan al poblador, al movimiento cooperativo, a profesionales, por grandes sectores juveniles. Todos ellos buscan un horizonte para sus vidas.

Creemos que hay en Chile un gran conglomerado social que fue engañado. Su motivación no emergía de sectarismos políticos o ideológicos sino de un gran deseo de justicia y de legítimas aspiraciones sociales. A esos hombres no podemos negarles respeto y comprensión si realmente con hechos están dispuestos a reconocer y a afirmar los valores de la democracia y de la libertad frente a cualquier intento totalitario o revanchista. Sería una ceguera no reconocerlos como parte importante del futuro.

Esta inmensa mayoría ciudadana es la única que puede afirmar la libertad y la dignidad de cada chileno.

Ello implica un real compromiso para que todos puedan participar en la reconstrucción social, económica y política; para que todas las instituciones públicas sirvan a las grandes mayorías; para que cada familia tenga trabajo, educación, alimento, salud, vivienda y participación social organizada.

El respeto a la libertad y a la dignidad humana es también la afirmación de la soberanía de un pueblo que se expresa en la generación del poder y de la autoridad como en la utonomía de sus organizaciones. Ese pueblo es el primer constituyente al cual debe de proporcionarse alternativas, normas y reglas de convivencia, en la vida nacional que él soberanamente pueda escoger y ratificar.

En este momento debemos superar muchas diferencias, grandes o pequeñas, para que esa mayoría pueda expresarse. En ella caben los más diferentes sectores del país, que pertenecen o no a partidos y también quienes

sostienen la posibilidad de un socialismo democrático, como ocurre en los movimientos social-demócratas de toda Europa Occidental.

LAS FUERZAS ARMADAS Y EL PAIS

En el mundo entero las FF. AA. juegan hoy un importante papel en la gran política del Estado. Ellas no están sujetas a las contingencias de los partidos y a los cambios de gobierno, de manera que pueden realizar un aporte permanente no sólo en sus tareas profesionales, relativas a la seguridad nacional sino también a otras como la planificación, el desarrollo y el avance tecnológico.

Debemos reconocer que uno de los vacíos en el funcionamiento de nuestro sistema democrático fue no reconocer este hecho a tiempo y pensar que las FF. AA. podrían permanecer ajenas a muchos problemas de la vida nacional. Esta tesis—es necesario recordarlo— no sólo fue sustentada por los civiles, sino que fue también la doctrina oficial de los Altos Mandos, que establecieron que en su gestión no les correspondía otro rol que el de salvaguardar la seguridad interna y externa.

Hoy esta posición ha evolucionado y uno de los problemas importantes para el futuro del país, es determinar el papel que deben desempeñar las FF. AA. en la vida nacional.

La existencia de los institutos armados se confunde con la vida misma de la República. Someter a las FF. AA. por un largo periodo al acelerado desgaste que significa el manejo de una crisis profunda, vincular su prestigio y su nombre a determinadas fórmulas económicas, asociarlas a políticas contingentes o asumirlas ellas directamente, es fatal para su unidad y prestigio y peligroso para el país.

En el curso de nuestra Historia las FF. AA. rara vez han intervenido y cuando lo han hecho nunca fueron obstáculo para una pronta recuperación democrática. Aun más fueron siempre un poderoso respaldo para la constitucionalidad y colaboraron activamente en la configuración de las formas de gobierno que libremente se ha dado la República. Siempre desempeñaron un rol semejante al de las FF. AA. en las grandes democracias europeas y norteamericanas. Esos son sus mejores títulos y la razón de su indiscutido prestigio.

Por lo demás existe una experiencia mundial. Las intervenciones militares que han encaminado su acción a restituir en los países una forma superior de convivencia fundada en el derecho y en la soberanía del pueblo, la historia las ha recogido como positivas no sólo para aquellos países, sino muy especialmente para la propia institucionalidad militar, que ha emergido así como garantía del derecho, de la ley y de la democracia. En cambio las intervenciones militares que se han transformado en dictaduras han terminado socavando gravemente el prestigio militar frente al pueblo.

Por eso creemos que al adoptar las FF. AA. la primera línea de conducta le prestarían a la patria el mayor de los servicios.

Por otra parte, ya lo hemos dicho, deben ser parte esencial en la elaboración y ejecución de los planes de desarrollo científico, técnico, económico y social, pues ellas comprometen la seguridad, existencia y porvenir del país. Esto es esencialmente importante en naciones como la nuestra que no pueden desaprovechar la existencia de un sector humano tan considerable por su número y grado de instrucción.

Así, sin menoscabar sus funciones profesionales, estarán vinculadas a las tareas fundamentales y de las cuales depende el progreso del país y no comprometidas en la contingencia política que desnaturaliza sus funciones.

POR UNA DEMOCRACIA

El país sabe que siempre hemos sostenido que el régimen democrático es el único que garantiza realmente la dignidad de los chilenos, la continuidad de su línea histórica, y la libertad como elemento esencial de convivencia.

Para llegar a esta nueva democracia, renovada y viva, se requiere un gran proyecto nacional, en el cual se sienten interpretados todos los chilenos que sinceramente aman la libertad y desean el progreso de su Patria.

En esta nueva democracia, es necesario desterrar viejos

vicios que todos repudiamos, y revivir renovadas las viejas virtudes que han formado, engrandecido y caracterizado al pueblo de Chile.

Hoy la libertad no tiene un sentido solamente negativo sino una connotación más amplia, pues significa el derecho del pueblo organizado a tomar parte en las decisiones y tener igualdad en las oportunidades.

Tal como ha dicho un hombre de Estado europeo, la misión de los que tienen a su cargo los asuntos públicos es precisamente crear las condiciones de una libertad creadora, solidaria y responsable.

Es marchar contra el sentido de la Historia y de la experiencia mundial pretender establecer una sociedad en la que un grupo minoritario se sienta con el derecho a definir, dirigir e imponer sus normas. Concebir una sociedad a espaldas del pueblo, es un suicidio político.

En el mismo instante en que se "mundializa" la información y se amplían las bases de la vida social, es un contrasentido restringir su funcionamiento.

Frente a estas ideas u otras que se proponen surge siempre como respuesta el que si bien ellas son inobjektivas, de hecho no existe para Chile otra alternativa y que el país no puede sufrir una convulsión más que lo precipitaría en un abismo insalvable.

No creemos que así sea. El chileno tiene un fondo de equilibrio y madurez, y las pruebas que ha afrontado en estos años lo capacitan aun más para retomar el hilo de su vida y de su historia. Otros pueblos han pasado por situaciones aun más duras y han sido capaces de encontrar una salida.

Sin ir más lejos, en nuestro propio hemisferio, Colombia se vio sacudida durante años por una verdadera guerra civil en la que se estima murieron no menos de 250 mil personas, lo cual provocó el advenimiento de un gobierno dictatorial. Sin embargo hubo hombres suficientemente valerosos y clarividentes en los bandos políticos que protagonizaban esa contienda, que llegaron a un acuerdo al parecer imposible para co-gobernar y reconstruir la democracia, la paz y la vida civil en esa Nación, de más de 23 millones de habitantes. La fórmula no era tradicional, mejor dicho era novedosa y hasta sorprendente. Los resultados hablan por sí solos.

¿Quién podría haberse imaginado que Francia y Alemania, después de Hitler y el régimen de Vichy, encontrarían su camino y más que eso llegarían a unirse para ser la base de la Comunidad Europea, protagonista en menos de treinta años de dos cruentas guerras y haber visto mutuamente ocupados sus territorios? Sin embargo, han sabido olvidar, perdonar y mirar hacia adelante para bien de sus pueblos.

Podríamos multiplicar los más variados ejemplos y preguntarnos después, por qué nosotros no podemos buscar nuestro propio camino?

El país quiere volver a la libertad, pero no a la anarquía; quiere volver a la paz y a la normalidad, pero no al odio y a la venganza; el país quiere autoridad, pero no el orden.

La democracia chilena se vio paralizada por un verdadero empate político entre 3 grandes corrientes de opinión. Esto se hizo cada vez más evidente a partir de 1932 y se agudizó en los últimos años, en que la lucha por el Poder se convirtió en la lucha por la sobrevivencia misma del sistema democrático.

Esta experiencia indica la necesidad de proponer nuevas formas e instituciones democráticas que permitan un consenso amplio del pueblo y una autoridad que puede realizar y conducir.

El gran desafío a través de los tiempos ha sido siempre poder configurar un sistema político que haga compatibles la autoridad y la libertad.

Sin autoridad no hay sociedad posible. Sin libertad el hombre se degrada y el que detenta el poder sin control se corrompe.

El verdadero equilibrio es siempre difícil y mucho más en los períodos de crisis y de cambio.

El comunismo en este tiempo es sobre todo una solución de autoridad. En un mundo convulsionado, ofrece una forma de gobierno estable, un cuadro de hierro en que enmarca al pueblo: la huelga, la crítica, la discusión, el diálogo, no existen. Tampoco las juventudes discrepantes. La dictadura del proletariado establece "el or-

den". Más que una fórmula económica y social es una fórmula política. Como fórmula económica mal pudo entusiasmar, cuando tiene que comprarle a sus rival el pan y la técnica, y un atraso de decenios lo sigue en el afán consumista. Pero en su casa hay "orden" y no puede concebirse allí un Watergate. Por todo eso paga un precio: la libertad.

El gran problema y el riesgo es ese: mantener el respeto a la libertad humana. Pero hay que decidirse a correr ese riesgo a caer en la servidumbre.

Por eso siempre el problema ha sido encontrar, sobre todo para los tiempos tormentosos que corren, la fórmula de una autoridad, pero no despótica. Este fue el genio de Chile como Nación.

El fondo de la concepción portaliana fue encontrar esa fórmula adecuada a la época. El país venía atravesando por la peor anarquía. La idea central fue establecer una autoridad vigorosa, pero impersonal, que impusiera el orden de una Nación que recién nacía, que fuera capaz de abordar los problemas, pero que al mismo tiempo garantizará la existencia de parlamento y las libertades esenciales.

De acuerdo a las condiciones y necesidades de la época fue una fórmula feliz y operante que sacó al país del derrumbe hasta el cual se precipitaba. Esa construcción política se mantuvo con diversas modificaciones casi 90 años y permitió que el país viviera y creciera.

Esa misma idea de una autoridad eficiente inspiró la reforma de 1925. Era una etapa de decadencia del parlamentarismo, de inestabilidad política y la inoperancia de un sistema que no podía dar curso a los cambios sociales que se propusieron al pueblo y que éste apoyó en 1920, se planteó una nueva fórmula constitucional que le dio al país casi 50 años de estabilidad política, respeto al derecho y avance social y económico.

Dentro de este espíritu y en esta línea que nace del ser profundo de nuestra idiosincrasia, debemos buscar la nueva institucionalidad que Chile reclama en esta hora.

No son ya los tiempos de los albores de la República. Es otra sociedad con otros problemas. Tampoco es el año 1925. El mundo y nuestro país se han transformado.

El fundamento de la autoridad requiere un consenso mucho más amplio y una participación de todos los sectores de la vida nacional. Ya no es posible una democracia restringida. Las grandes líneas conductoras deben ser conocidas y discutidas por todos los sectores en un debate previo a las decisiones; pero una vez producido el acuerdo, la autoridad debe llevarla a la práctica de manera rigurosa y eficaz. El debate es previo a la decisión, pero no puede ser permanente porque esteriliza.

Alcanzado el consenso mayoritario, nadie debe tener derecho a interferir. La democracia no puede consistir en una discusión y revisión permanente de objetivos ya definidos. Las minorías tienen el derecho a existir, a expresarse, a defender sus puntos de vista y el proceso de elaboración, pero no a paralizar. Las mayorías no pueden vivir bajo el chantaje de las minorías.

Para todo ello es indispensable que exista una información honesta, veraz y completa acerca de los problemas que afectan al país, un conocimiento adecuado de los planes puestos en marcha y que comprometen su suerte.

Esto requiere de organismos adecuados de elaboración y participación en las formulaciones programáticas, y una vez terminada esta etapa, órganos precisos de ejecución. Estos planes no sólo deben referirse a lo inmediato, ya que en una sociedad moderna tienen igual o mayor importancia las metas a mediano y largo plazo, puesto que las soluciones de los problemas más sustanciales implican a veces espacios de tiempo que comprometen a más de una generación.

En todas las escalas de este proceso es fundamental el aporte de especialistas, sin lo cual es imposible conocer y resolver los problemas adecuadamente; pero las opciones y decisiones finales son políticas y no tecnocráticas.

Una democracia así concebida es lo contrario del populismo que practica la transacción como sistema; busca subterfugios para reemplazar el esfuerzo creador; o alimenta ilusiones distributivas sin simultáneamente incrementar la masa de bienes que se disponen. También hay una fórmula de populismo al revés, que es invitar al pueblo al sacrificio y al esfuerzo sobre la base de que hay un grupo que por sus excepcionales condiciones —que el mismo se atribuye— capitaliza el producto de ese sacrificio y de ese esfuerzo, pensando que por el realce de su propio bienestar favorecerá a la mayoría.

En muchas partes del mundo se han puesto en práctica algunos mecanismos operacionales en función de estas nuevas estructuras. Estas experiencias son importantes y pueden servir, más que como ejemplo para copiar, como puntos de referencias para buscar nuestros propios caminos.

Pero ningún proyecto de sociedad democrático es posible si no se entiende que libertad es sinónimo de responsabilidad.

No hay que engañarse, pues no son pocos los que prefieren la paz del esclavo que deja a otros el trabajo de pensar y decidir por él o los que confunden el ser libres, con la ausencia de todo freno moral. Sin embargo estamos ciertos que el pueblo chileno no está con los unos ni con los otros.

Por eso debe ser él quien se pronuncie, pues es el único que tiene autoridad para zanjar, terminar y comenzar una nueva etapa histórica. Cualquier otro procedimiento es como escribir en la arena. Una nueva Constitución debe ser plebiscitada por el pueblo, único soberano que puede sancionar una Carta fundamental.

Así es como podremos enfrentar el porvenir, afirmados en lo que somos y hemos sido, con criterio realista y creador.

Los ideologismos desenfrenados, que tanto daño hicieron en estas últimas etapas de la vida chilena, son una forma de evasión y no un acto de coraje intelectual y moral. No se construye un país en el vacío ni se juega con él. Es necesario conocerlo, sentirlo y verlo como es con todas sus fuerzas y debilidades, con sus posibilidades y limitaciones, con la necesaria prudencia y sentido del tiempo que sólo pueden tener quienes poseen convicciones, fortaleza para asegurar el porvenir. Los que viven en una agitación apresurada soñando esquemas irreales son en el fondo débiles, nunca construirán nada sólido.

Los ideologismos desenfrenados, que tanto hicieron en estas últimas etapas de la vida chilena, son una forma de evasión y no un acto de coraje intelectual y moral. No se construye un país en el vacío ni se juega con él. Es necesario conocerlo, sentirlo y verlo como es, con todas sus fuerzas y debilidades, con sus posibilidades y limitaciones con la necesaria prudencia y sentido del tiempo, que sólo pueden tener quienes poseen convicciones y fortaleza para asegurar el porvenir. Los que viven en una agitación apresurada soñando esquemas irreales son, en el fondo, débiles, nunca construirán nada sólido.

Termino estas páginas que son un testimonio de mi conciencia y reflejo de mi visión de Chile en una hora difícil y amarga.

Pienso que lo importante es una visión global y coherente, sin la cual no se pueden dar soluciones concretas ni construir una política.

Sin una definición previa de los métodos y objetivos, continuará la confusión. Aclarado lo fundamental, las consecuencias fluyen por sí solas. Sé que no faltarán quienes les den interpretaciones a mis palabras. No me importa.

Tengo un amor apasionado por mi Patria. No es ella para mí un pedazo de tierra, es parte de mi ser y por eso me es imposible callar.

Pienso que tal vez lo único que puede aportar un hombre que ya ha vivido y ha tenido el privilegio de haber gobernado este país, es una lección de profunda esperanza.

Cada nación se caracteriza por ciertas constantes que dominan el curso de su historia. A veces puede aparecer que se sumergen o se desdibujan, pero a poco andar vuelven a aflorar con igual o mayor vigor.

Chile también se ha caracterizado por algunas tendencias históricas que le han dado su propia fisonomía. Este país fue citado como ejemplo de organización política, de respeto a normas jurídicas y a una autoridad impersonal, de estabilidad institucional, de anticipados avances sociales, y su pueblo ha demostrado madurez en el juicio y gran sentido de la convivencia y del respeto mutuo. Estas constantes no se deben a la acción de una persona, de un estadista o a la casualidad: reflejan el carácter profundo de un pueblo, que se manifiesta en todas las formas de su existencia. La corriente que emana de esa fuente tan profunda no puede extinguirse y ninguna circunstancia puede agotarla. Tenemos la certeza de que brotará más fuerte y más limpia.

EDUARDO FREI MONTALVA
Diciembre de 1975